

Jonathan Moore

ixigo

Una obra de teatro

MENSAJERO



JONATHAN MOORE

Íñigo

Una obra de teatro

MENSAJERO
Lectores sin Fronteras
Baúl - 1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la red: www.conlicencia.com o por teléfono: +34 91 702 1970 / +34 93 272 0447

Título original:
Inigo

© Jonathan Moore, 2015

Obra escrita por Jonathan Moore
y publicada originalmente en el Reino Unido en 2015
por Aurora Metro Publications.
www.aurorametro.com

El presente volumen se publica con la colaboración
del Sector de Educación (EDUCSI)
de la Provincia de España de la Compañía de Jesús.

Ediciones Mensajero agradece al Santuario de la Cueva (Manresa)
su amable autorización para reproducir un detalle
del cuadro «San Ignacio de Loyola» de Montserrat Gudiol.

Traducción:
Federico Villalobos

© Ediciones Mensajero, 2016
Grupo de Comunicación Loyola
C. Padre Lojendio 2
48008 Bilbao – España
Tfno.: +34 944 470 358 / Fax: +34 944 472 630
info@grupocomunicacionloyola.com / www.mensajero.com

Diseño de cubierta:
María José Casanova

Edición Digital
ISBN: 978-84-271-3886-5

Índice

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas del autor](#)

[Nota histórica](#)

[Nota sobre el texto](#)

[Nota sobre la música](#)

[Nota sobre diseño y utilería](#)

[Nota sobre la representación](#)

[La respuesta del público](#)

[ÍÑIGO](#)

[Personajes](#)

[ACTO I](#)

[LOYOLA, PAÍS VASCO. 1496. OSCURIDAD](#)

[LA ESQUINA DE UNA CALLE. EXTERIOR DE UNA TABERNA. AZPEITIA, PAÍS VASCO. 1515](#)

[UN TRIBUNAL. 1515. ÍÑIGO EN EL BANQUILLO](#)

[SEIS AÑOS DESPUÉS. CIUDADELA DE PAMPLONA. ALMENAS. 24 DE MAYO DE 1521](#)

[EN EL LECHO DE CONVALECENCIA. CASA FAMILIAR DE LOYOLA. 1521](#)

[ÍÑIGO EN SU LECHO \(1\)](#)

[ÍÑIGO EN SU LECHO \(2\)](#)

[LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO](#)

[UNA HABITACIÓN EN EL CASTILLO DE LOYOLA, 1522](#)

[UN CAMINO. FEBRERO DE 1522. ÍÑIGO MONTADO EN UNA MULA](#)

[LA CELDA DE JEAN CHANON, UN MONJE BENEDICTINO DE LA ABADÍA DE MONTSERRAT. MARZO DE 1522](#)

[CAPILLA DE LA MORENETA. MONTSERRAT. 24 DE MARZO DE 1522. POR LA NOCHE](#)

[EXTERIOR DE LA CAPILLA. MONTSERRAT. AMANECER](#)

[UNA CUEVA. MANRESA. MARZO DE 1522](#)

[LA CELDA DE JEAN CHANON. MONTSERRAT](#)

[ÍÑIGO REZA EN SU CELDA. CONVENTO DE LOS DOMINICOS. MANRESA, 1522](#)

[EN LA CELDA DEL MONJE BENEDICTINO JEAN CHANON. MONTSERRAT](#)

[EXTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL MAR. BARCELONA, 1524](#)

[LA CASA DE ISABEL. BARCELONA, 1525](#)

[UNA CALLE POR LA NOCHE. BARCELONA, 1525](#)

[EN LA CASA DE DOÑA ISABEL ROSER. 1525](#)

[ALCALÁ. UNA SALA DE AUDIENCIA. 21 DE NOVIEMBRE DE 1526](#)

[EL EXTERIOR DE LA CÁRCEL DE ALCALÁ. JUNIO DE 1527](#)

[UNA SALA DE AUDIENCIA. SALAMANCA, 1527](#)

[ACTO II](#)

[PARÍS. DOS AÑOS DESPUÉS. COLEGIO DE SANTA BÁRBARA, UNIVERSIDAD DE PARÍS. 1529](#)

[LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO. UNIVERSIDAD DE PARÍS. VARIOS MESES DESPUÉS](#)

[LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO. MÁS TARDE](#)

[LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO. PARÍS, 1534](#)

[CAPILLA EN MONTMARTRE](#)

[CAPILLA. LA STORTA. TRES AÑOS DESPUÉS. OTOÑO DE 1537](#)

[ROMA. RESIDENCIA DEL CARDENAL. 1538](#)

[ROMA. LA CASA DE LOS COMPAÑEROS. 1538](#)

[UNA SALA DE TRIBUNAL. ROMA. 1538](#)

[LA RESIDENCIA DEL CARDENAL. ROMA. 1538](#)

[31 DE JULIO DE 1556. ÍÑIGO, ANCIANO, CONTEMPLA EL CIELO NOCTURNO](#)

[SENTADO EN SU SILLA](#)

[El autor](#)

[Notas](#)

*Con cariño y agradecimiento
a William «Billy» Hewett, SJ,
por la inspiración inicial para esta obra
y en reconocimiento a una vida entregada
a contar la vida de Íñigo por medio de las artes.*

*Iñigo se estrenó
en el White Bear Theatre de Londres
el 3 de febrero de 2015.*

Agradecimientos

Jonathan Moore desea expresar su agradecimiento a:

Mamá y papá. A Elly Harrison. A Lloyd Trott, por sus valiosos consejos dramáticos, y Diane Favell, de RADA; a Annie Tyson y todo el joven reparto del Drama Centre en 2010; Wills, en el Shakespeare's Globe; a Billy Hewett, SJ, Jacob Murray, Jack Shepherd, Roger Monk y John Moffat, SJ, por su ayuda con varios borradores, y al director Greg Hersov y a su magnífica adjunta Rafaella Marcus por su ayuda editorial en la fase de investigación. A Mark Lawson por todo su apoyo; a Jane Hellings (y todas las personas de Jesuit Media Initiatives); a Andrew Cameron-Mowat, SJ, James Martin, SJ, Dermot Preston, SJ, Joseph Munitiz, SJ, Eric Southworth, Pedro Rodríguez-Ponga, SJ, y Emilio Benedetti, SJ, y a Deb Waters por su inteligencia, por su humor y por ser una fabulosa creadora de atrezzo. A Chris Smyth y Amber Taylor, directores de escenografía en *The White Bear* y *Pleasance*, respectivamente. A Tania Azevedo, directora adjunta en *The White Bear*, cuyo inquebrantable optimismo y eficiencia fueron una inspiración para todos. A Julie Bergevin, Janice de Broíthe y Chloe France, por su brillante asistencia en el traslado del montaje a *Pleasance*. A Laura Cordery, nuestra diseñadora en *The White Bear*. A Ben Cowens, un diseñador de luz y sonido lleno de talento.

A la actriz Mary D'Arcy Ryan, mi genial e inspiradora profesora de drama (cuando yo tenía diez años, fue ella quien alentó mi sueño de ser actor). ¡Todo ha sido por culpa tuya, Mary! Amor y gratitud eternos. La obra nos ha reunido después de treinta años y debe su reposición a su apoyo. A James Garriock (RIP), director que supo inspirarme; a Tiggy Butler, ya que sin él la primera producción no hubiera podido llevarse a cabo; a Christina «Potty» Connolly, un enorme activo en Inigo Enterprises, por su apoyo.

Gracias también a: Santuario de la Cueva (Manresa), por la autorización para reproducir un detalle del cuadro «San Ignacio de Loyola» de Montserrat Gudiol, y a un donante anónimo.

Notas del autor

En primer lugar, deseo expresar lo mucho que me complace que *Inigo* se traduzca al español, la lengua originaria de tantos de sus personajes.

Escribí cuatro borradores de esta obra cuando Benedicto XVI era Papa. En aquel momento muy pocos podían concebir siquiera la idea de un Papa jesuita, de modo que cuando llegó el Papa Francisco todo pareció muy oportuno. De nuevo un reformador jesuita va a Roma...

Nota histórica

Y ahora una disculpa, un *mea culpa*. O, con suerte, una *felix culpa*. Ustedes podrán decidirlo.

Esta obra es fruto de una larga y rigurosa investigación histórica. Con todo, me he permitido ciertas licencias en beneficio de la tensión dramática, como modificar algunas fechas o combinar en un personaje los rasgos de varios. Quisiera que tuvieran presente que soy muy consciente de esos cambios y que, tras largas y detenidas consideraciones, los he llevado a cabo con el debido cuidado y atención. Desde luego, no están hechos a la ligera. En cualquier caso, espero y confío haber sido fiel al espíritu y al carisma de Íñigo y del núcleo inicial de sus compañeros. Al menos he puesto en ello todo mi esfuerzo.

Como dice Próspero al final de *La Tempestad*: «Puesto que vuestros pecados hallarán perdón / liberadme también vosotros con vuestra indulgencia».

Nota sobre el texto

He titulado la obra *Íñigo* porque quería acercarme al hombre más que a esa figura en ocasiones remota y lejana que conocemos como san Ignacio de Loyola. Su nombre de bautismo, Íñigo, lo hace en cierto modo más accesible. Esto es algo que el maravilloso jesuita británico Billy Hewett, SJ, me ha enseñado a través de los magníficos recursos de Inigo Enterprises.

Me gustan las escenas y fragmentos señalados en el texto como suprimidos u opcionales. Se suprimieron en el montaje original, en Londres, para ajustarnos a la duración habitual de las representaciones teatrales, pero también por motivos de intensidad dramática. He decidido mantenerlos en el texto para que quien lo desee pueda incluirlas.

Nota sobre la música

Por supuesto, puede utilizarse la música que uno considere oportuna, aunque sería preferible que el estilo fuera similar. Además de la música indicada en el propio texto, nosotros elegimos una combinación de música contemporánea y música clásica.

Música de apertura/primer aparición del herrero: Música de los títulos de apertura de la película *Performance*. Tema cantado por Merry Clayton.

Escena de carnaval: Cualquier pieza festiva de música tradicional vasca de la época.

Reyerta callejera: *Total State Machine*, de Test Dept.

Cuando Íñigo es herido en Pamplona y mientras es transportado hasta su lecho de convaleciente: *Knocking on Heaven's Door*. Bob Dylan.

Mientras Íñigo relata su experiencia sentado junto al Cardoner (¡de forma gradual y a bajo volumen, por favor!): *An Ending*. Brian Eno.

Cuando Íñigo aparece vistiendo ropas de mendigo, o cuando se acerca al altar de la capilla de Montserrat para su vela: *Motherless Child* (solo la versión cantada por Odetta en Carnegie Hall en 1960).

Íñigo desolado en su celda: *Dark was the Night*. Blind Willy Johnson.

La escena de Ardévol con Isabel Roser: Introducir la escena con música española para guitarra de la época. Cuando el diálogo empieza, la música se va desvaneciendo poco a poco.

Comienzo de la escena en la que Íñigo recibe una paliza: *Eton Rifles*, The Jam (cortar antes de que empiece la parte vocal).

Nota sobre diseño y utilería

Lo más adecuado para esta obra es una puesta en escena sencilla, con decorados y utilería mínimos. Esto facilita una ágil y rápida transición entre escenas, clave para la sucesión de episodios. Es importante mantener la velocidad y la fluidez en una continua tensión hacia delante. No deben producirse pausas innecesarias entre las escenas. De hecho, cuando resulte apropiado, estas pueden dar la impresión de que se solapan. En Londres pusimos la obra en escena con muy pocas, o incluso ninguna, estructuras diseñadas y construidas ex profeso para la representación. Preferimos concentrarnos en el vestuario, las luces, la música, muebles sencillos con apariencia de época (una cama, algunas sillas, etc.) y la utilería imprescindible. Esta es, por otra parte, una opción congruente con la filosofía de pobreza y sencillez que Íñigo y sus amigos propugnaban.

Este recurso a un decorado mínimo o inexistente fue práctica habitual en The Globe, el teatro originario en el que Shakespeare representó sus obras. Es una forma de animar al público a usar su imaginación, a forjar el drama «con la fuerza de vuestra imaginación», como nos invita el coro en *Enrique V*; a imaginar los palacios, los castillos, las almenas y la fragua del herrero. La imaginación, algo muy importante para Íñigo. También es una forma de poner énfasis en el texto y en los actores.

Lo ideal sería que los propios actores se ocuparan de mover toda la utilería necesaria para los cambios de escena.

Nota sobre la representación

Dependemos de la pasión y de la inteligencia de los actores. La obra ha de ser representada con pasión, honestidad, valentía y compromiso. Encarnar a múltiples personajes y lograr que cada uno sea diferente puede suponer un gran aliciente y un verdadero reto para los actores.

Creo que es muy importante que la forma de actuar tenga un toque actual. Que transmita la sensación de que lo que sucede está ocurriendo aquí y ahora. Por supuesto, los personajes tienen una especificidad histórica, y los muebles y el vestuario deben parecer de la época. Pero esos personajes deben transmitir la impresión de que son gente de hoy. ¡Por favor, que nadie trate esta obra como un polvoriento, educado y aséptico drama histórico sobre «santos»! Eso no es, en absoluto, lo que busco. Sus protagonistas son, en muchos aspectos, personas con tantos defectos como nosotros. Por supuesto, algunos alcanzaron extraordinarias cotas de santidad. Pero eran personas como nosotros, con sus esperanzas, sueños, temores y deseos. Y esto puede ser una fuente de inspiración para quienes a lo mejor piensan que no son «lo suficientemente buenos» para emprender o proseguir su propio viaje espiritual. La escena en la Universidad, por ejemplo, debe dar la impresión de que podría suceder hoy entre estudiantes que comparten piso. Ese sentido del humor, las bromas cortantes, las tomaduras de pelo, son perfectamente reconocibles. En aquel punto de la historia de su vida, ninguno de los personajes pensaba que podrían llegar a ser «santos». Si en aquel momento alguien le hubiera sugerido algo así, Javier seguramente se habría echado a reír.

Lo ideal sería que el actor que encarne a Íñigo (probablemente el único que desempeñará solo un papel) fuera alguien capaz de expresar tanto la agresividad y las pasiones mundanas de un hombre joven (que Íñigo supo redirigir tras su conversión) como el misticismo y la interioridad de sus experiencias espirituales y su extraordinaria valentía y determinación (estos dos últimos rasgos también presentes en su personalidad antes de la conversión). Esta carismática valentía puede encontrarse en los jesuitas de Latinoamérica que se enfrentaron a la brutalidad de regímenes opresores, pero también puede reconocerse en muchos jesuitas de hoy en todo el mundo. La escena de Barcelona en la que Íñigo es apaleado en la calle es un paradigma de esta actitud.

Encarnar a un hombre como él es, ciertamente, un gran reto. Un reto muy gratificante y de enorme intensidad emocional, según el primer actor que desempeñó el papel de Íñigo en la obra, quien describe la experiencia como hondamente conmovedora. Aunque no conocía a Íñigo antes de asumir el papel, su encuentro con él fue muy profundo.

La respuesta del público

A todos nos sorprendió y encantó el extraordinario efecto que la obra produjo en el público. La gente se sentía conmovida y fascinada por los personajes, especialmente por Íñigo y sus compañeros. La reacción fue común tanto en gente de diversos credos como en gente sin fe religiosa, en gente con profundo conocimiento de la materia como en gente sin ninguna noción de ella. Al final de cada representación unos se ponían en pie para aclamar la obra mientras otros lloraban o, inmóviles en sus asientos, reflexionaban sobre lo que acababan de presenciar (nada es mérito mío; los personajes escribieron la obra por sí mismos y yo actué únicamente como escriba). Descubrimos que algo que tenía que ver con la fuerza de los *Ejercicios Espirituales* y el carisma de Íñigo y de sus amigos se cernía sobre la obra durante toda la representación. (Ese es el misterioso poder del teatro y la razón por la que, desde el alba de la civilización, siempre se lo ha relacionado con el ritual religioso. El teatro tiene el poder de llegar a rincones del corazón que otras cosas no pueden alcanzar. Eso es algo que los jesuitas han comprendido y valorado a lo largo de su historia). Espero que encuentren la misma reacción en su público.

Por supuesto, la obra también funciona como alegoría política sobre cualquier *outsider* que desafía lo establecido y lucha por cambiar las cosas.

En cualquier caso, ya utilicen esta obra para representarla en fragmentos o en su totalidad, para el estudio o para su disfrute como lectura, mi deseo es que les resulte placentera; no es una mera coincidencia que la palabra inglesa que la designa sea *play*[\[1\]](#).

ÍÑIGO

Personajes

(en orden alfabético)

Con la excepción de Íñigo, todos los papeles pueden repartirse entre un elenco de ocho o más actores.

ALGUACIL

ARTEAGA

CALIXTO

CARLO CARAFA

CONVERSINI

CORREGIDOR

DEL HOYO

DOS PARIENTES (de Del Hoyo)

FIGUEROA

FRANCISCO JAVIER

GIAN CARAFA

GUARDIA (Alcalá)

HERMOSA MUJER (en el castillo de Loyola)

HERNÁNDEZ (hombre abatido)

HERRERO (Martín)

INFANTA CATALINA

ÍÑIGO

ÍÑIGO NIÑO (puede ser tratado como un personaje imaginario)

ISABEL ROSER
JEAN CHANON
LAÍNEZ, RODRÍGUES y SALMERÓN (primeros jesuitas)
MAESTRO ARDÉVOL
MAGDALENA (cuñada de Íñigo)
MARÍA (nodriza de Íñigo)
MARTÍN DE LOYOLA
MENDIGO
MENSAJERO (ante Carafa)
NICOLÁS BOBADILLA
NOTARIO (de Conversini)
NOTARIO (de Figueroa)
PAJE (de Conversini)
PARTICIPANTES EN EL CARNAVAL
PEDRO DE LOYOLA
PEDRO FABRO
RODRIGO (caballero con un garrote)
SALIM (moro)
UJIER (juicio en Salamanca)

N.B. Algunos diálogos opcionales se han señalado entre corchetes.

ACTO I

LOYOLA, PAÍS VASCO. 1496. OSCURIDAD

Oímos un fuerte martilleo. Metal sobre metal. Un leve resplandor, semejante al de una galaxia en el espacio, brota en la oscuridad. Poco a poco distinguimos la fragua de un herrero.

El HERRERO (MARTÍN DE ERRAZTI), con el pecho descubierto, blande un martillo sobre su cabeza. Un NIÑO de unos cinco años, ÍÑIGO, le observa.

HERRERO (*blandiendo el martillo*) Mira, Íñigo. Así... es... como... lo hacemos... Calentamos el metal hasta que se ablanda. Y luego le damos forma con el martillo. Mientras está al rojo blanco, podemos hacer con él lo que queramos. Pero hay que refinarlo para quitarle las impurezas. Ahora mira esto.

Entra MARÍA.

MARÍA ¡Martín! Te dijimos que no le dejaras entrar en la fragua. Es peligroso. Este no es su sitio. Y los juegos de nuestros hijos son demasiado violentos para él. Es noble y sensible. Ven, Íñigo. Volvamos a casa. (*Toma a Íñigo en brazos*).

HERRERO Vas a malcriarlo, María. Es más fuerte de lo que crees. Solo eres su nodriza, amor mío. Cualquiera diría que fueras su verdadera madre.

MARÍA Bueno, soy la única madre que ha tenido. ¿Verdad, Íñigo? ¿Tú que dices? (*Le canta una nana vasca*). «Loiolako txiki, Loiolako txiki» (*Pequeño Loyola, pequeño Loyola*). Tu mamá se ha ido al Cielo, pero María te quiere, ¿a que sí?

El HERRERO sigue martilleando.

Fundido cruzado. La luz se desvanece y se ilumina:

**LA ESQUINA DE UNA CALLE. EXTERIOR DE UNA TABERNA.
AZPEITIA, PAÍS VASCO. 1515**

Martes de Carnaval. Resuena la música. Juerguistas enmascarados van de parranda.

Un HOMBRE CON MÁSCARA irrumpe en la escena. Se quita la máscara. Es ÍÑIGO.

Sus hermanos, PEDRO y MARTÍN DE LOYOLA, le esperan con jarras en la mano. Están ebrios. Durante la escena Íñigo se sacude el polvo y comprueba meticulosamente con un espejito de bolsillo su propio aspecto, muy a la moda. Luce una larga y hermosa cabellera. Viste jubón y calzas. Va armado con daga y espada. Calza elegantes zapatos. Todo su atuendo es de materiales muy caros. Su apariencia es, en todo, la de un cortesano. Contrasta con la de sus hermanos, mucho menos vistosa a pesar de que ellos también son caballeros. Los tres beben durante la escena y rellenan sus jarras con el contenido de una botella.

MARTÍN ¡Hola, hermanito!

PEDRO ¿Dónde está el fuego, Íñigo? ¿Qué te ha pasado?

ÍÑIGO He tenido que batirme en retirada ante un padre enfurecido. La hija de Del Hoyo...

Pedro y Martín prorrumpen en ruidos lascivos.

MARTÍN ¿De veras?

PEDRO ¡Pequeño puerco afortunado! Yo estuve años detrás de ella.

MARTÍN Eso es lo que me gusta de ti, Pedro. Puede que seas un cura, pero sigues siendo un *hombre*^[2].

PEDRO Y MARTÍN (*brindando*) ¡Por los hombres!

MARTÍN (*reparando en la herida de ÍÑIGO*) ¡Pero si estás herido! ¿Ha sido Del Hoyo? ¡Vamos a por él!

ÍÑIGO Martín, se trataba de su hija. Tenía motivo para sentirse ofendido. (*Respecto a la herida*). De todos modos, no ha sido nada.

MARTÍN ¡Hermanito! ¡El último de la camada y ya tan valiente!

PEDRO (*poniéndole en las manos una jarra*) ¡Échate esto al colete!

ÍÑIGO Gracias. *(Bebe un largo trago).*

PEDRO Bueno, ¿y qué tal es?

ÍÑIGO ¿Quién?

MARTÍN La zorrilla Del Hoyo.

ÍÑIGO No me parece apropiado que habléis así de ella. No es honroso.

PEDRO Vaya con el caballero de la corte.

MARTÍN De allí debe de traer esos aires que se da. Desde luego, no los aprendió en la fragua del herrero. Quizá te consideres demasiado bueno para ocuparte de nuestra hacienda, pero desde que papá murió...

ÍÑIGO Ahora eres tú quien se ocupa de eso.

PEDRO ¡El hombre de la casa!

Íñigo y Pedro ríen disimuladamente.

MARTÍN Sí. Eso es.

ÍÑIGO Me encanta volver por aquí. Amo este lugar. La gente del País Vasco, su aire, su tierra. Pero después de haber contemplado la grandeza de Arévalo y Navarrete, de los castillos... Palacios de verdad, como los de los libros de historia. Lugares donde podría haber vivido el noble caballero Amadís de Gaula.

MARTÍN ¡Oh, Dios, ya estamos otra vez con el maldito Amadís de Gaula!

PEDRO ¡Está obsesionado con él!

ÍÑIGO Ya basta, hermanos. Sí, palacios de verdad, con caballeros de verdad. Banquetes y justas. Los mejores maestros de esgrima. Ahora soy un excelente espadachín. Uno de los mejores.

MARTÍN Pero no tan bueno como para librarte de una patada en el trasero.

ÍÑIGO Allí todo es mucho... mucho más. Y las damas...

PEDRO Y MARTÍN Mmm.

ÍÑIGO No, no me refiero a esas a las que estáis acostumbrados, sino a damas de verdad. Y a una en particular, una dama muy especial... *(Se contiene).*

PEDRO ¿De veras? ¿Y la poseíste?

ÍÑIGO *(en un brusco arrebató de cólera)* ¡Cierra la boca, Pedro! *(Desenvaina la espada)*. ¡No os permitiré que la deshonréis, señor!

MARTÍN *(le da a Íñigo una guantada en la cabeza)* Si vuelvo a veros desenvainar la espada ante un Loyola, y especialmente ante este piadoso padre, habréis de véros las conmigo.

ÍÑIGO Ahora mismo hasta en la voz pareces papá.

MARTÍN *(sonríe)* Impresiona, ¿eh? He estado practicando.

La tensión se afloja y los tres ríen.

MARTÍN, PEDRO E ÍÑIGO *(imitando a su padre)* ¡Habréis de véros las conmigo!

MARTÍN ¡Los Loyola!

Alzan sus jarras.

MARTÍN, PEDRO E ÍÑIGO ¡Los Loyola! ¡Los mejores!

MARTÍN Es Martes de Carnaval, muchachos.

ÍÑIGO ¡Sí!

PEDRO ¡Oh, sí! En reconocimiento a nuestras debilidades, la Santa Madre Iglesia nos concede una noche de Carnaval.

MARTÍN Pedro, si no se trata de caballeros, de justas y duelos o de galantear a una dama, a Íñigo no le interesa.

ÍÑIGO Los tres somos creyentes y asistimos fielmente a misa. Pero no vamos a dejar que eso nos arruine la diversión.

MARTÍN Entonces ¿quiénes están listos para una dura noche de mozas y juego?

ÍÑIGO Olvidas el baile y las riñas.

MARTÍN Muy bien. ¿Quiénes están listos para una noche de farra, con mozas, juego y baile? ¡Y riñas!

MARTÍN, PEDRO E ÍÑIGO *(a coro)* ¡Los Loyola! ¡Los Loyola! ¡Los Loyola!

UNA VOZ ¡Hijos de perra! *(Los tres se quedan inmóviles)*.

MARTÍN *(a Íñigo)* Lo has dicho sin mover los labios.

UNA VOZ Digo que eres un hijo de perra.

ÍÑIGO y PEDRO se percatan de que DEL HOYO y dos de sus PARIENTES están detrás de MARTÍN, que todavía no puede verlos.

MARTÍN Has vuelto a hacerlo. (*Pausa*). Los tengo detrás, ¿verdad?

ÍÑIGO y PEDRO asienten a la vez.

MARTÍN (*se da la vuelta para encarar a los recién llegados*) ¡Vaya, vaya, vaya! ¿A quién tenemos aquí? El viejo y fastidioso gallego en persona. ¡Del Hoyo!

PEDRO ¿Qué queréis, señor Del Hoyo?

DEL HOYO Satisfacción.

MARTÍN Pues tenéis un burdel excelente calle abajo, señor.

DEL HOYO Lo dejaré para vos y para vuestro cura degenerado, Loyola.

MARTÍN ¿Osáis insultar a mi hermano, señor?

DEL HOYO Desde luego. Os insulto a vos, a vuestro cura y sobre todo a vuestro hermano pequeño. Por deshonar a mi hija, con máscara o sin ella. Tengo entendido que ese enclenque se llama Íñigo.

ÍÑIGO Martín... Señor del Hoyo, temo que en verdad pueda haberos ofendido.

MARTÍN ¡Íñigo el diplomático!

ÍÑIGO ¿Cómo podría aplacar vuestra justa cólera, señor?

DEL HOYO Solo con vuestra muerte.

ÍÑIGO da un paso al frente para encararse con él.

ÍÑIGO Somos vascos, señor, y como tales, más de hechos que de palabras. He intentado buscar la paz, pero veo que no os contentaréis con otra cosa que mi sangre. Aun así, os lo ofreceré una vez más. ¿Qué puedo hacer sin menoscabo de mi honor para aplacar la afrenta que sentís?

DEL HOYO ¡Sangre es lo único que quiero!

Desenvainan las espadas y se enzarzan en la REYERTA DEL MARTES DE CARNAVAL. Ha de ser un verdadero combate de esgrima, violento y estilizado. Al mismo tiempo debe tener elementos de pelea callejera: cabezazos, pulgares en los ojos, rodillazos. No debe parecer una escena glamurosa de capa y espada, aunque la destreza de los esgrimistas,

especialmente la de ÍÑIGO, sea notable. Por el contrario, la lucha debe ser feroz, cruenta y sucia. Otros participantes en el Carnaval se ven envueltos en ella.

ÍÑIGO se pone una máscara y sus hermanos lo imitan mientras los PARTICIPANTES EN EL CARNAVAL se ven atrapados en la lucha, que se convierte en una alborotada refriega por todo el escenario.

LA GUARDIA llega y pone fin al alboroto.

La luz se desvanece.

Oímos la voz de MARÍA cantando la nana «Pequeño Loyola». Vemos a MARTÍN EL HERRERO martilleando en la fragua. El último martillazo coincide con el golpe del mazo del CORREGIDOR mientras, con un fundido cruzado, la luz nos traslada a:

UN TRIBUNAL. 1515. ÍÑIGO EN EL BANQUILLO

Pedro y Martín observan.

CORREGIDOR Íñigo López de Loyola, habéis escuchado los graves cargos que se han formulado contra vos por vuestros enormes y premeditados delitos. Vuestro comportamiento justificaría la pena más severa. Sin embargo, como los Loyola ejercen el patronato de las iglesias de Azpeitia y Azcoitia, parece que os han buscado un buen salvoconducto y afirman que sois o habéis sido clérigo tonsurado. Todos sabemos que no es más que un arreglo de conveniencia para que quedéis impune, ¿no es así?

Parecéis contar con influyentes amigos, joven Loyola.

Por lo visto debo inclinarme ante esa presión. Pero me gustaría declarar que este es un deplorable abuso del fuero eclesiástico, un triste error judicial que os libra del justo castigo que merecéis. El reo queda en libertad.

ÍÑIGO Gracias, señor.

CORREGIDOR Ahora marchaos. Por el momento. *(Sale).*

PEDRO y MARTÍN celebran la decisión y reciben a ÍÑIGO con regocijo.

MARTÍN Ya te dijimos que haríamos lo necesario, Íñigo.

ÍÑIGO Gracias, Martín. Gracias, Pedro.

La luz se desvanece.

En la oscuridad, a lo lejos, vemos al NIÑO ÍÑIGO y al HERRERO en su fragua y oímos la nana. El último martillazo coincide con una tremenda explosión. La escena se traslada a:

SEIS AÑOS DESPUÉS. CIUDADELA DE PAMPLONA. ALMENAS. 24 DE MAYO DE 1521

ÍÑIGO está de pie en lo alto de los muros de la ciudadela. Se oye el zumbido de las bolas de cañón y el fragor de la batalla. Está arengando a un puñado de hombres.

ÍÑIGO Hoy tenemos la gloria en nuestras manos. Se nos aseguró que era imposible defender esta ciudadela más de una hora. Que era una locura. ¡Tres días después, aún seguimos aquí! Un puñado de hombres contra todo un ejército enemigo. Sois hombres de bien, leales a vuestro Señor y a vuestros compatriotas. Pero no desistáis. No desfallezcáis siquiera un segundo. No dejéis que el enemigo encuentre la menor grieta en nuestra ciudadela. Porque eso es lo que busca. Si encuentra una grieta, por pequeña que sea, penetrará por ella y nos destruirá. Alcemos nuestros estandartes y mostrémosle al enemigo que somos hombres de honor y de gloria. Respondamos con valor y generosidad a la llamada de nuestro Rey. Mostrémosle a su Majestad que cuenta con soldados capaces de hacer lo imposible. ¡Nuestro es el honor! ¡Nuestra es la gloria!

Vítores. Sonido de fuego de cañón. ÍÑIGO cae al suelo.

Cesa todo el sonido. Silencio.

En la oscuridad, escuchamos la nana vasca.

Nana: Loiolako txiki, Loiolako txiki.

EN EL LECHO DE CONVALECENCIA. CASA FAMILIAR DE LOYOLA. 1521

ÍÑIGO está en el lecho. Por la ventana se ve un paisaje invernal.

ÍÑIGO ¡Magdalena! ¡Magdalena! (*Hace sonar una campanilla*).

Entra MAGDALENA, su cuñada.

ÍÑIGO Vaya, te has tomado tu tiempo. Yo, ya lo ves, estoy clavado a este lecho. ¿Crees que si no fuera así me quedaría en este agujero?

MAGDALENA ¿Y ahora de qué se trata, Íñigo?

ÍÑIGO No es necesario que te irrites, Magdalena. ¿Es que no hay nada decente que leer en toda la casa?

MAGDALENA Tienes muchos libros decentes para leer.

ÍÑIGO ¿Decentes? Ah, sí. Ese es el problema. ¿*La vida de los Santos*? ¿*La vida de Cristo*? No te lo tomes a mal, Magdalena, pero...

MAGDALENA Traje esos libros conmigo al volver de la corte. Son bonitos, Íñigo. Profundos.

ÍÑIGO Lo sé, Magdalena, y te lo agradezco. Pero llevo meses en este lecho. ¡Me aburro tanto! Me siento completamente inútil. Digno de lástima. Débil.

MAGDALENA Eres afortunado por estar vivo.

ÍÑIGO Quizá me sentiría más afortunado si no lo estuviera.

MAGDALENA Te tenía en más alta estima.

ÍÑIGO (*incapaz de contener su enfado*) ¿No me digas? Pues lamento decepcionarte. Lamento haber sobrevivido. (*Pausa*). Discúlpame, Magdalena, pero oírte mencionar la corte hace que me dé cuenta de lo mucho que la añoro. Todo lo que pido son algunos libros de caballerías. De honor. De amor cortés. Amadís de Gaula. Duelos. Aventuras amorosas. No esos viejos santos polvorientos. Los admiro, pero ¡eran todos tan increíblemente buenos! Quizá a ellos les resultara fácil, pero este es el mundo moderno. Jamás hicieron nada malo en toda su vida. Salieron del vientre de su madre y flotaron directamente hasta los altares. No tenían deseos ni flaquezas. Para ellos no había la menor diversión: ni danzas, ni juego, ni duelos. Nada de lo que hace que la

vida sea... vida. No me gustan los santos. Los admiro e incluso les rezo. Pero no puedo decir que me gustaría echar un trago con ninguno de ellos.

MAGDALENA Pues esto es lo que hay, Íñigo. No tenemos otros libros en el castillo.

Entran MARTÍN y PEDRO.

PEDRO ¿Cómo está el inválido?

MARTÍN Pobre pequeñajo.

ÍÑIGO Oh, lo estoy pasando fabulosamente. Nunca me había sentido mejor. ¿Tenéis alguna otra estupidez que preguntarme?

MARTÍN Pronto volverás a estar en pie, con tu jubón y tus calzas, bailando y persiguiendo de nuevo a las chicas. (*Besa a MAGDALENA en la mejilla*). Por supuesto, vida mía, para mí hace ya tiempo que eso se acabó. Pero Íñigo sigue soltero y puede hacer lo que le plazca. ¡Qué suerte tienes, granuja!

MAGDALENA Gracias, Martín.

MARTÍN No he lamentado un solo día la unión de nuestras dos ilustres familias, querida.

ÍÑIGO Querrás decir la unión con su ilustre familia.

MARTÍN El apellido Loyola sigue inspirando respeto, hermanito. Y a ver si se te pasa de una vez el mal humor.

ÍÑIGO No estoy de mal humor.

MARTÍN Claro que lo estás.

ÍÑIGO He dicho que no estoy de mal humor, ¿comprendes?

MARTÍN Es solo culpa tuya.

ÍÑIGO ¿Por qué? No fue culpa mía que el médico francés me ajustara mal la pierna rota. Y tampoco fue mi deseo que me la rompieran otra vez para ajustarla de nuevo.

PEDRO La primera vez no, es cierto. Pero no tenías por qué arriesgar tu vida haciendo que te la rompieran y ajustaran por segunda vez. Y todo para que tu pierna tuviera buen aspecto cuando volvieras a ponerte el jubón y las calzas. ¡Menuda vanidad!

MARTÍN ¿Tanto te molestaba que el hueso sobresaliera un poco?

MAGDALENA A mí me parece que fuiste muy valiente, Íñigo. Nunca lo olvidaré. No se te escapó un solo grito, ni siquiera mientras te serraban el hueso.

ÍÑIGO Era la actitud más honrosa y caballeresca que cabía.

MARTÍN Era la actitud más insensata que cabía.

MAGDALENA Salgamos, Martín. No queremos fatigar al paciente.

MARTÍN (*mientras salen*) Recupérate pronto. Por el bien de todos nosotros.

ÍÑIGO Gracias, Martín. Gracias, Pedro. Por nada.

Coge uno de los libros. Lo hojea y lo deja a un lado. Se sienta, aburrido. Cierra los ojos.

La iluminación cambia sutilmente. Suena una vaga música. En la imaginación de ÍÑIGO, una HERMOSA MUJER aparece en la habitación. ÍÑIGO endereza la espalda.

ÍÑIGO ¿Quién sois?

MUJER Sabéis quién soy. Me visteis durante las justas en el castillo del duque de Nájera.

ÍÑIGO (*recreándose en la fantasía, el lenguaje y las reglas del amor cortés*) ¡La infanta Catalina! Perdonadme, noble y maravillosa dama de tan regio linaje, pero debido a mi incapacidad no puedo mostraros el debido reconocimiento y ofreceros decorosamente el testimonio de mi respeto y admiración por vos.

MUJER Os perdono, noble caballero. Me hallo prisionera y desamparada. ¿Me rescataréis, Íñigo López de Loyola?

ÍÑIGO Lo haré. Aunque haya de costarme la vida, mi señora. Aunque deba arrostrar la locura, el peligro y el olvido. Por vos afrontaré las pruebas más arduas. Lo arriesgaré todo por vos.

MUJER Íñigo, Íñigo, Íñigo. (*Desaparece*).

ÍÑIGO ¡Mi señora! ¡Mi señora! Por favor, volved. (*Mira a su alrededor*). ¡Oh, Dios, si tan solo pudiera salir de este lecho y caminar un poco! ¡Magdalena! ¡Magdalena! (*Hace sonar la campanilla. No acude nadie*).

Bueno, no los culpo por no acudir. Probablemente ya estarán hartos de mí. (*Mira a su alrededor*). Vaya. *La vida de los Santos*. (*Hojea distraídamente el libro*). ¿Qué es esto que pone en el prólogo? «Los Santos fueron los caballeros de Dios». Así que

caballeros, ¿eh? (*Hojea el libro*). Tan solo se alimentaban de hierbas y agua. Mmm, delicioso. ¿Por qué harían algo así? ¿Cómo podían vivir de ese modo? ¿Qué sentirían? ¿Soy capaz siquiera de imaginarlo? *La vida de Cristo*. (*Coge el libro, lo lee*).

«Imagínate que estás allí. Como si los hechos que narra este libro estuvieran sucediendo ahora». Bueno, no tengo nada mejor que hacer. Veamos. (*Cierra los ojos*).

La luz se desvanece. El tiempo transcurre mientras contemplamos una secuencia de imágenes:

El HERRERO blande el martillo en la fragua. La nodriza MARÍA canta la nana: Loiolako txiki.

Vemos al NIÑO ÍÑIGO.

La luz ilumina a:

ÍÑIGO EN SU LECHO (1)

ÍÑIGO (*hojeando un libro*) San Francisco. Oh, sí, supongo que era un santo de primera clase. El mejor. Un modelo insuperable. La gente lo amaba. Los niños lo amaban. Los animales lo amaban. Se desprendió de todos sus bienes, de todas sus riquezas. Llegó a despojarse de sus ricas vestiduras y las cambió por los harapos de un mendigo. Hum, ¿y por qué haría uno tal cosa? ¿Acaso sería yo capaz de hacer algo semejante? ¿Y si lo hiciera? Siempre he estado dispuesto a aceptar retos. Pero estos retos son nuevos para mí. Ayunar. Hacer penitencia. Esfuerzos y pruebas extremos. Rigurosos. Heroicos. ¿Y si...? ¿Y si...? (*Cierra los ojos*).

La luz se desvanece. El tiempo transcurre.

Contemplamos al HERRERO dando golpes con el martillo en la fragua. Volvemos a oír la nana.

La luz nos muestra otra vez a:

ÍÑIGO EN SU LECHO (2)

ÍÑIGO ¡Mi señora! ¡Mi señora!

La INFANTA CATALINA vuelve a aparecersele en su imaginación.

CATALINA ¿Sí?

ÍÑIGO (*intenta encontrar las palabras*) Yo... Yo... No tengo palabras para vos.

CATALINA ¿No?

ÍÑIGO No. Hoy no. Lo siento.

CATALINA ¿Me abandonáis?

ÍÑIGO No, no. Es solo que...

CATALINA Adiós, Íñigo López de Loyola.

ÍÑIGO ¡Mi señora!

Catalina desaparece.

ÍÑIGO ¿Qué me está sucediendo? Cuando fantaseo con mi dama y con hazañas mundanas gozo del momento, pero luego me siento... tan vacío. En cambio, cuando mis fantasías tienen que ver con los santos y con superar sus proezas, el gozo se prolonga. ¿Qué me está sucediendo? No quiero este cambio. No, no lo quiero. Quién sabe a dónde me conducirá. Este dolor... Es como si se me quebrara otra vez el alma. Rota y recompuesta de nuevo, como mi pierna. Como si alguien le hubiera dado nueva forma a martillazos. Pero ¿quién? ¿Dios? ¿El Enemigo? Da vueltas alrededor de mi ciudadela buscando una brecha en mis murallas. ¿De cuál de los dos se trata? ¿Qué me está sucediendo?

La luz se desvanece. El tiempo transcurre.

Vemos al HERRERO blandiendo su martillo en la fragua. Oímos la nana.

Fundido cruzado:

ÍÑIGO duerme en su lecho. Se despierta. Ha sentido algo. Ve algo. Resulta patente que está teniendo una visión.

Fundido cruzado. El tiempo sigue transcurriendo.

ÍÑIGO está sentado en una silla. Mira por una ventana. Proyección de un vasto firmamento estrellado.

ÍÑIGO (*sereno*) Alza la mirada. Levanta los ojos y contempla las estrellas. Fíjate, no trazan planes. No se vanaglorian. Y, sin embargo, son las más radiantes explosiones de amor. Forjadas por Dios en la fragua de su mente. Ahí, al otro lado de mi ventana, sobre la loma de Oñazmendi, lucen más bellas que las vestiduras de cualquier emperador. Suspendidas con absoluta confianza en el bendito espacio de Dios. Os doy gracias por las estrellas. Os doy gracias por mostrármelas como si fuera la primera vez que las veo. En el viejo cielo de siempre, pero con ojos nuevos.

La luz se desvanece. Música.

El tiempo transcurre.

Vemos y oímos al HERRERO dando golpes con el martillo en la fragua.

Suena música tradicional vasca. De la oscuridad brota una luz que ilumina la ventana de la habitación de ÍÑIGO. En el exterior es primavera.

La luz se expande para revelar:

LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO

ÍÑIGO pasea por la habitación con un bastón. Lleva en la mano un cuaderno. Se sienta ante su escritorio. Abre el cuaderno y copia en él textos de un libro. Entra MAGDALENA.

MAGDALENA Íñigo.

ÍÑIGO ¡Ah, Magdalena!

MAGDALENA ¿Cómo va el libro?

ÍÑIGO Mira. He copiado todas las palabras de Jesús en tinta roja y las de Nuestra Señora en tinta azul. ¡Fíjate en la caligrafía! No encontrarás muchas mejores que esta.

Tiene que ser el mejor libro de su género, aquí o en cualquier parte.

MAGDALENA ¿El mejor? Lo importante es que es hermoso, Íñigo. Estoy tan contenta de que por fin hayas encontrado algo que te mantenga ocupado. Ahora casi nunca haces sonar la campanilla.

ÍÑIGO Estos libros brillan para mí con un nuevo resplandor. Ya había leído estas historias. Siempre me gustaron, pero sus palabras... Nunca las había visto como ahora. Puedo verlas en mi imaginación. Puedo sentir las realmente.

MAGDALENA Esa es una gracia que has recibido, Íñigo.

ÍÑIGO Me siento diferente, Magdalena. Todo ha cambiado para siempre. Ya no pertenezco a este lugar. Tengo... planes secretos.

MAGDALENA Entonces adelante, Íñigo. Adelante.

ÍÑIGO ¿Y tú? ¿qué harás?

MAGDALENA Me quedaré. Juré ante Dios ser la esposa de Martín y debo permanecer aquí. Es mi deber. Pero tú, Íñigo, debes hacer lo que te dicta tu corazón.

ÍÑIGO (*pausa*) Bueno, he estado pensando en ello. Me gustaría hacer una visita.

MAGDALENA ¿A quién?

ÍÑIGO (*sonríe tímidamente*) Al santuario de Nuestra Señora de Aránzazu. Una peregrinación. (*Se miran el uno al otro y se echan a reír*). Lo sé. Ni siquiera yo puedo creerlo.

MAGDALENA Me alegra que al final mis libros hayan servido para algo. Mírate ahora. La primera vez que te vi pensé que eras el típico varón arrogante.

ÍÑIGO ¡Tenías toda la razón! Lo era. Y algo mucho peor que eso. En fin, el resto de mis planes debe permanecer secreto. No le digas nada a Martín. Ya sabes. Me refiero al... al cambio que se ha producido en mí.

MAGDALENA Él ya lo sabe.

ÍÑIGO ¿No se lo habrás dicho?

MAGDALENA Desde luego que no. Pero toda la casa lo sabe. Han podido verlo.

ÍÑIGO Ya. (*Con cierta dificultad*). Solo... solo quiero ver si soy capaz de ser como uno de esos... caballeros de *La vida de los Santos*. El *Flos Sanctorum*. Un «caballero de

Dios», como afirma el prólogo. Ser las dos cosas: el caballero Amadís, pero de una forma nueva. ¿Te parece una locura, Magdalena?

MAGDALENA Sí. (*Ambos ríen, y MAGDALENA le mira con ternura*). No, Íñigo. Suena muy hermoso.

ÍÑIGO Me encanta tener alguien con quien hablar de todo esto.

MAGDALENA A mí también, Íñigo. Alguien a quien abrir mi corazón para mostrarle mis sueños. Y mi tristeza.

ÍÑIGO Oh, Magdalena, ¿cómo puedo ayudarte?

MAGDALENA Debes escapar. Ser otra cosa. Algo más. Sigue tu sueño, Íñigo. Hazlo por los dos.

ÍÑIGO Y luego ¿qué?

MAGDALENA Tu alma está viviendo una gran aventura, pero ¡toma aliento, Íñigo! Sin duda conoces la historia de los caballeros del Santo Grial. Tuvieron que buscar una nueva forma de penetrar en el bosque, un nuevo sendero que los condujera a un destino que aún no les había sido revelado. Ese era su único camino hacia la iluminación.

ÍÑIGO Sí, sí.

MAGDALENA Dios conoce el camino, Íñigo, porque Él es el camino. Confía en Él.

La luz se desvanece. Música.

La luz nos muestra:

UNA HABITACIÓN EN EL CASTILLO DE LOYOLA, 1522

MARTÍN ¿No podrías hablar con él, Pedro?

PEDRO No es más que una fase. Es temporal. Ya entrará en razón.

MARTÍN Sí, pero le ha mandado a uno de los criados que se informe acerca del monasterio de la cartuja de Sevilla. Allí solo se alimentan de hierbas, y ha dicho que no le parece suficientemente duro.

PEDRO Solo está haciendo averiguaciones.

MARTÍN Quiero a ese pequeñajo. No quiero perderlo, Pedro.

PEDRO Dale un poco más de tiempo.

MARTÍN ¿Por qué no puede parecerse un poco más a ti? Quiero decir que aunque seas cura, sigues siendo...

PEDRO ¿Un «hombre»?

MARTÍN ¿Y ahora qué es lo que pasa contigo?

PEDRO Nada. La verdad es que envidio su celo. Ese primer ímpetu de amor. Yo aún lo recuerdo.

Entra ÍÑIGO. Viste de nuevo como un cortesano. Peto de cuero. Gorro rojo. Capa multicolor. Espada y daga. Una hermosa cabellera de color rubio rojizo. Al caminar cojea. La cojera lo acompañará el resto de su vida.

ÍÑIGO He visto que han preparado mi caballo. Por favor, regaládselo a uno de los criados. Voy a ir en mula. Quería despedirme.

MARTÍN Dice que va a ir en mula. ¡Un Loyola a lomos de una mula! ¡Jamás! No puedes decirlo en serio.

PEDRO Ve a tu peregrinación, Íñigo. Luego... ya se verá. Ve poco a poco. No tomes decisiones apresuradas. E intenta no tomártelo todo tan en serio.

ÍÑIGO *(con dulzura)* ¿Como tú, Pedro?

PEDRO Sí. Puede ser.

ÍÑIGO Con tus escauceos con las monjas del convento, tus intrigas, tu amante. ¿A eso te refieres con lo de ir poco a poco?

PEDRO Íñigo...

ÍÑIGO Mira, Pedro, no se trata de hacer lo que sea fácil. Se trata de seguir el camino difícil. Se trata de tomar decisiones valientes. Se trata de hacerlo todo por Dios. Un amor duro, recio y sacrificado. De eso es de lo que se trata, Pedro.

PEDRO No me sermonees, Íñigo. No desde un entusiasmo pasajero sin más fundamento que tres meses de conversión.

ÍÑIGO Nueve meses.

PEDRO Nueve meses, tres meses... Inténtalo diez años. Quince. Ya veremos si te resulta fácil conservar este celo recién descubierto cuando el ardor se enfríe y tengas que vértelas con el mundo real. Cuando tus debilidades se vuelvan contra ti para morderte el trasero. Cuando te sientas cansado de estar en tu propia piel. Cansado de esforzarte por ser decente, con el sordo dolor del fracaso rugiendo una y otra vez en tus entrañas mientras intentas ceñirte a una norma de imposible cumplimiento. Cuando descubras la fría, fea y penosa verdad: no es humanamente posible ser perfecto, hermanito.

ÍÑIGO No, humanamente no.

PEDRO ¡Oh, por favor! ¡No me vengas con mojigaterías!

MARTÍN ¿Lo ves, Íñigo? ¿Ves lo que has conseguido? ¿Es esto lo que tu dios de paz y amor quiere?

ÍÑIGO «No he venido a traer paz sino espada. He venido para enfrentar al hermano contra el hermano».

PEDRO Vaya con el novicio resabiado.

MARTÍN Mira, Íñigo, aquí todos creemos en Dios. Los Loyola siempre hemos sido buenos cristianos. Pero todo tiene un límite. Dios es un tipo decente y razonable. No va por ahí trastocándolo todo y causando problemas.

ÍÑIGO ¿Estás seguro?

MARTÍN Piensa en todo lo que estás tirando por la borda. Tu parte de la herencia. Es una falta de respeto a tu familia.

ÍÑIGO «¿Quién es mi familia? ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Cualquiera que oye mis palabras y hace la voluntad de mi Padre es mi padre, mi madre y mis hermanos».

MARTÍN Pues entonces adelante. Márchate.

ÍÑIGO Adiós.

MARTÍN se acerca a ÍÑIGO y lo abofetea. ÍÑIGO se contiene. Tras una pugna interior, vuelve el rostro y le ofrece la otra mejilla.

MARTÍN Oh, Dios, te has tomado todo esto realmente en serio, ¿verdad? (*ÍÑIGO guarda silencio*). Sí, así es. Pues a ver qué te parece esto. (*Le pega un puñetazo.*

ÍÑIGO se enfurece. La cólera relampaguea en sus ojos).

PEDRO Basta ya, Martín.

MARTÍN Quiere desenvainar la espada. Puedo olerlo, puedo verlo en sus ojos. Después de todo, sigue siendo un Loyola. Pues venga, adelante. (*MARTÍN vuelve a darle un puñetazo. ÍÑIGO lucha con todas sus fuerzas contra el impulso de responder*). Adelante. Otro más. (*Le pega otro puñetazo. ÍÑIGO tampoco responde*). Alfeñique. Idiota. Estúpido. (*Acompaña cada palabra con puñetazos, patadas y bofetadas. ÍÑIGO sigue sin responder*).

PEDRO Ya es suficiente, Martín. Suficiente.

MARTÍN aparta a PEDRO con un empujón.

MARTÍN ¡Peste de cura!

PEDRO ¡Martín!

MARTÍN (*sigue golpeando a Íñigo*). ¡Venga! ¡Venga! ¡Defiéndete! Defiéndete, bastardo. Sé un hombre. Demuestra que al menos tienes un poco de honor.

El esfuerzo por reprimir sus arraigados impulsos violentos hace que ÍÑIGO empiece a vomitar.

PEDRO Para ya de una vez, Martín.

MARTÍN Bueno, si insistes... Lo siento, Íñigo. Solo quería ver si de verdad vas en serio. Tengo un regalito de despedida para ti. Para que veas que no te guardo rencor.

ÍÑIGO (*mira a MARTÍN muy sorprendido*) Martín... ¿De veras...?

MARTÍN Por supuesto. Respeto tu decisión. (*Breve pausa*). Entra ya, querida.

Entra una bella MUJER. Se acerca a ÍÑIGO.

MARTÍN Enséñale lo que se perdería.

PEDRO Martín, ¿de verdad esto es necesario?

ÍÑIGO Martín, por favor. (*La MUJER le acaricia el pelo*). Por favor, señora. (*La MUJER le acaricia la cara. ÍÑIGO lucha contra sí mismo. La MUJER se contonea seductoramente ante él. Besa su cara. ÍÑIGO se resiste. Finalmente, acaricia el pelo de la MUJER*).

ÍÑIGO Eres tan hermosa.

MARTÍN ¡Así me gusta! Bienvenido de vuelta, Íñigo.

ÍÑIGO Eres muy hermosa. Quiero amarte. Amar tu alma. (*Lo dice con sencillez, dulzura y sin el menor vestigio de su anterior superioridad moral. La MUJER está desconcertada*). No dejes que te utilicen de este modo. Estás afligida. La crueldad de los hombres te ha hecho sufrir. La crueldad de hombres como yo. Y yo lo siento tanto... (*Sonríe y le besa la frente. La MUJER parece sobresaltarse. Mira a MARTÍN*).

MARTÍN ¡Fuera de aquí, zorra!

ÍÑIGO No le hables así.

MARTÍN ¡Venga, sal!

La MUJER huye.

ÍÑIGO También te amo a ti, Martín. Ya lo sabes.

MARTÍN Siempre te has creído mejor que nosotros, ¿verdad? Entonces vete. Sal de aquí. No consentiré que conviertas el honroso nombre de Loyola en un motivo de vergüenza. De ahora en adelante estás muerto. (*Escupe a ÍÑIGO en la cara y se va airadamente*).

PEDRO ¡Martín!

PEDRO se acerca a ÍÑIGO y le limpia el rostro con ternura.

ÍÑIGO (*cariñosamente*) Gracias, Pedro. Rezaré por ti. (*Sale*).

PEDRO se queda solo, profundamente turbado y conmovido.

PEDRO Por favor, hazlo. Hazlo, Loiolako txiki.

La luz se desvanece.

El sonido de una bella y lastimera llamada musulmana a la oración flota en el aire.

UN CAMINO. FEBRERO DE 1522. ÍÑIGO MONTADO EN UNA MULA

Un MORO se le une.

MORO *Salam*, amigo mío. ¿Puedo unirme a vos?

ÍÑIGO Podéis. Excelente caballo el vuestro.

MORO Mi nombre es Salim.

ÍÑIGO El mío... Podéis llamarme el Peregrino.

MORO Así que vais en peregrinación.

ÍÑIGO A Montserrat, al santuario de Nuestra Señora.

MORO Ah, sí, Miriam. Una muy santa señora.

ÍÑIGO Me agrada oíros decirlo, hermano.

MORO No podría ser de otro modo. Es una figura importante para nosotros los musulmanes. Como también lo es Isa, vuestro Jesús.

ÍÑIGO Todos somos hijos de Dios, hermano.

MORO Lo somos. (*Pausa*). Me gustaría saber...

ÍÑIGO ¿Sí?

MORO Vuestra fe sostiene que la santa Miriam era virgen cuando concibió a Jesús.

ÍÑIGO Sí.

MORO ¿Podéis explicármelo, por favor?

ÍÑIGO En verdad, no puede explicarse. Es un milagro. Es inexplicable.

MORO ¿Y de veras es importante que ella fuera virgen, Peregrino?

ÍÑIGO Lo es para nosotros, Salim.

MORO ¿Por qué, Peregrino?

ÍÑIGO Porque... Porque... estaba libre de pecado.

MORO ¿Es pecado concebir un hijo?

ÍÑIGO No. Bueno, sí. Se trata del pecado original, ¿sabéis?

MORO ¿Cuál es el pecado original, Peregrino?

ÍÑIGO Para ser sincero con vos, no estoy completamente seguro. No soy teólogo, pero... Somos... Nacemos pecadores, y con la ayuda de Dios podemos lavar esa mancha. Creo.

MORO Puedo aceptar el milagro de la concepción de una virgen.

ÍÑIGO Eso está bien.

MORO Es algo muy poderoso. Inexplicable, como decís, pero muy poderoso.

ÍÑIGO Lo es.

MORO Nada es imposible para Dios.

ÍÑIGO Sois un buen hombre, Salim.

MORO Pero lo cierto es que, anatómicamente...

ÍÑIGO ¿Sí?

MORO Por supuesto, todo depende de cómo uno defina la virginidad. Pero en fin, ¿cómo podía, al menos en un sentido fisiológico, seguir siendo una virgen después de haber dado a luz?

ÍÑIGO Es la maravillosa poesía de Dios. El milagro de la vida.

MORO ¿Y acaso no es maravillosa toda la vida?

ÍÑIGO Sí, sí, lo es. Pero no se trata solamente de definiciones fisiológicas básicas, amigo mío.

MORO Todavía no acierto a comprenderlo, Peregrino. ¿Podéis explicármelo, por favor?

ÍÑIGO En el fondo se trata de una cuestión de fe.

MORO Se está haciendo tarde. Un poco más adelante el camino se desvía hasta mi villa, Pedrola. Ha sido muy agradable conversar con vos. Quedad con Dios, Peregrino. (*Se aleja*).

ÍÑIGO Vaya, me habría gustado ser capaz de argumentar mejor. Ojalá tuviera los conocimientos necesarios. ¿Os he defraudado, Señora Nuestra? ¿Debería haber defendido vuestro honor? A fin de cuentas os ha insultado, mi Señora. Lo ha hecho. (*Desenvaina su espada*). Lo encontraré y lo mataré por haberos deshonrado de ese modo.

(*ÍÑIGO está confuso e inquieto*). Pero ¿acaso está bien matar? ¿Alguna vez lo está? ¿Es eso lo que Dios quiere que haga? No. ¿Qué me está pasando? ¡Antes todo estaba tan claro! Ante una ofensa, te batías y el honor quedaba satisfecho. Muy fácil. ¡Pero ahora todo es tan extraño! ¡Tan complicado!

¿Qué es esto? El camino se bifurca. A la izquierda está Pedrola, adonde el moro ha dicho que se dirigía. El otro brazo es el camino real que lleva a Montserrat. ¿Qué

debo hacer? Muéstramelo, Señor. ¿No? Muy bien. Lo dejo en tus manos. Voy a soltar las riendas.

(Las suelta). Si quieres que perdone al moro, llévame al camino real. Si quieres que le de muerte, deja que la mula le siga hasta la villa. Ah, tomamos el camino real. Muy bien. *(Envaina la espada)*. El moro y sus descendientes vivirán.

Se oye el canto de unos monjes.

La luz nos muestra:

LA CELDA DE JEAN CHANON, UN MONJE BENEDICTINO DE LA ABADÍA DE MONTSERRAT. MARZO DE 1522

JEAN reza, arrodillado. Entra ÍÑIGO, deslumbrante con la ropa caballeresca que sigue vistiendo.

ÍÑIGO Bendecidme, padre. He pecado.

JEAN ¿Qué buscáis en Montserrat?

ÍÑIGO Soy un pecador y necesito confesarme.

JEAN Bien. Yo soy Jean. Jean Chanon.

ÍÑIGO Mi nombre es... llamadme el Peregrino.

JEAN Comenzad, por favor.

ÍÑIGO Bendecidme, padre, porque he pecado. Hace... en fin, bastante tiempo desde la última vez que me confesé.

JEAN ¿Y bien?

ÍÑIGO Estoy avergonzado, padre Chanon.

JEAN La vergüenza de nuestros pecados puede ser un buen comienzo para enmendarlos. Pero yo estoy aquí para compartir con vos el perdón de Dios.

ÍÑIGO Pero mis pecados son muy numerosos, padre.

JEAN Decidme.

ÍÑIGO Seducción. Juego. Vanidad. Orgullo. Ira. Cólera. Ambición. Egoísmo. Avaricia.
Reyertas en la calle.

JEAN Ya. Continúad.

ÍÑIGO ¿No lo entendéis? He herido gravemente a otros. He causado verdadero daño.

JEAN Continúad.

ÍÑIGO *(con dificultad para respirar)* Siento... siento náuseas, padre. No puedo seguir con esto. *(Se levanta y se dirige a la puerta)*.

JEAN ¿Por qué, Peregrino?

ÍÑIGO Soy una criatura tan miserable... Tan sucio y tan rastrero. Tan mezquino y tan malvado.

JEAN Contádmelo. Desde el principio.

ÍÑIGO ¡Estaríamos días aquí, padre!

JEAN Que así sea. ¿Por qué no hacéis una confesión escrita?

ÍÑIGO No, no puedo seguir con esto. ¿A quién pretendo engañar?

JEAN A vos mismo.

ÍÑIGO ¿Qué?

JEAN Os engañáis a vos mismo. Os estáis dejando influir por el espíritu maligno que os susurra que pongáis fin a esta confesión.

ÍÑIGO No, no es eso. Es simplemente que no soy bueno. No lo suficiente. No merezco el perdón, padre.

JEAN No, no lo merecéis.

ÍÑIGO ¡Padre!

JEAN No merecéis el perdón, Peregrino.

ÍÑIGO Pero...

JEAN No se trata de merecerlo, se trata de misericordia. La misericordia de Dios. Y esta no se otorga porque uno la merezca. Se otorga como un don. De forma gratuita, la merezcamos o no. Todo es un don, Peregrino.

ÍÑIGO Pero si aún no sabéis lo que he hecho, padre Chanon.

JEAN Sea lo que sea, si estáis sinceramente arrepentido y decidido a enmendaros, Dios os perdonará.

ÍÑIGO No, no, esto es una insensatez. Soy lo que soy. ¿Sabéis? De camino hacia aquí estuve a punto de dar muerte a un moro porque había insultado a Nuestra Señora. Dios no me perdonará. He estado engañándome a mí mismo. En qué estaría pensando.

ÍÑIGO se arroja al suelo.

JEAN le pone un brazo en el hombro.

Música. Canto monacal. La luz se desvanece.

Se oye, más alto, el hermoso canto llano de los monjes.

La escena se ilumina.

Tres días después. ÍÑIGO está arrodillado.

JEAN Y yo os absuelvo de vuestros pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

ÍÑIGO Amén.

JEAN Ahora podéis ir en paz.

ÍÑIGO No sé si os lo he contado todo.

JEAN (*sonríe*) Poner por escrito vuestros pecados os ha llevado tres días, Peregrino. Me lo habéis contado todo.

ÍÑIGO Espero que no se me haya escapado nada. Algún detalle. Eso es, quizá debería repasar los detalles.

JEAN No. Ahora podéis ir en paz.

ÍÑIGO ¡Ah! Ahora me siento tan... Gracias, padre Chanon. Por favor, quedaos mi mula. Les será útil a los monjes del monasterio.

JEAN Si es vuestro deseo.

ÍÑIGO Lo es, padre. (*Pausa*). He trazado un plan secreto para el servicio de Dios. Quisiera contároslo.

JEAN Por favor.

ÍÑIGO Quiero marchar descalzo hasta Jerusalén. Alimentándome solamente de hierbas, sin dinero, confiando únicamente, como san Francisco, en que el Señor proveerá. Y quedarme en Tierra Santa. Para siempre.

JEAN Bendigo vuestro plan. (*Hace la señal de la cruz*). Que el Señor os bendiga y os proteja en vuestro *camino*^[3].

ÍÑIGO Gracias, padre Chanon. (*Se dirige hacia la puerta*).

JEAN Tomad esto. (*Le entrega un librito*).

ÍÑIGO ¿Qué libro es este?

JEAN Es un libro de ejercicios espirituales.

ÍÑIGO ¿Qué es eso?

JEAN Unos sencillos ejercicios que os ayudarán a mantener la salud de vuestro espíritu. Es una práctica muy saludable. Hacedlos a diario.

ÍÑIGO (*con entusiasmo*) ¿Como los ejercicios de esgrima? Los practico a diario. Religiosamente.

JEAN (*sonríe*) Sí. Aunque estos creo que son un poco menos violentos. Pero el entrenamiento de un luchador del espíritu requiere todavía más disciplina, Peregrino.

ÍÑIGO Muy bien. Gracias.

JEAN Los escribió nuestro abad Cisneros. Se inspiró en ideas y formas de orar que se remontan a los Padres del Desierto.

ÍÑIGO Gracias, padre Chanon. Los practicaré todos los días.

JEAN (*sonríe*) ¿Religiosamente?

ÍÑIGO (*sonríe*) Sí. (*Se dispone a salir*).

JEAN Una cosa, Peregrino.

ÍÑIGO ¿Sí?

JEAN Ahora proceded con calma.

ÍÑIGO ¿Calma?

JEAN Ya lo entenderéis.

ÍÑIGO sale.

La luz se desvanece.

CAPILLA DE LA MORENETA. MONTSERRAT. 24 DE MARZO DE 1522. POR LA NOCHE

Cientos de velas iluminan la estatua de Nuestra Señora de Montserrat. El sonido del canto y el humo acre del incienso llenan el aire.

ÍÑIGO, vestido como un mendigo, atraviesa el humo del incienso cojeando y se detiene frente a la estatua.

ÍÑIGO (*escuchamos su plegaria interior*) Señora Nuestra de Montserrat, María, Madre que nunca me abandona. (*Se quita la daga y la espada y las cuelga del altar*). Estas son mis posesiones más preciadas. Mi espada y mi daga. Las cuelgo como una ofrenda para vos, como un símbolo de mi renuncia a mi vida anterior. (*Extiende los brazos*). Permaneceré aquí toda la noche, de pie o arrodillado ante vos como vuestro pobre caballero. Aceptad mi devoción. Os la ofrezco con la misma entrega con que os la ofrecería Amadís de Gaula, aquel digno y esforzado caballero.

Desde este momento no ofreceré mi amor ni mi devoción a ninguna dama de este mundo. Son todo vuestros, dulce, amable y adorada Virgen María. Guiadme en los desafíos y aventuras que me esperan al servicio de vuestro Hijo. Conducidme por el glorioso camino de la bondad y la mansedumbre, del ayuno, la penitencia y la pobreza.

La luz cambia para indicar el transcurso del tiempo.

Se oyen seis campanadas. Amanece.

ÍÑIGO sigue de pie con los brazos extendidos.

ÍÑIGO Ahora, mi Señora, quisiera partir hacia Barcelona para embarcarme en mi peregrinación a Jerusalén. Pero no llegaré a tiempo de recibir en Pascua el preceptivo permiso papal, así que tendré que posponer la peregrinación un año. Tomaré algún camino apartado y me quedaré en un pueblo cualquiera, trabajando durante un tiempo en un hospital como un simple peregrino sin nombre. No seguiré el camino principal,

pues alguno de los que me conocieron en la corte podría reconocerme y tentarme con atenciones para volver a mi antigua y estéril vida de vanidad. Bendecid mi plan, Madre mía. *(Se santigua y sale de la iglesia).*

Fundido cruzado.

EXTERIOR DE LA CAPILLA. MONTSERRAT. AMANECER

ÍÑIGO sale de la capilla.

ALGUACIL ¡Eh, mi señor!

ÍÑIGO ¿Sí?

ALGUACIL ¿Vuestra merced conoce a este hombre? Ven aquí, sucio bribón.

El ALGUACIL empuja con rudeza a un MENDIGO vestido con las fastuosas prendas que antes llevaba ÍÑIGO. Este observa con la mirada perdida, como si soñara despierto, la magnífica ropa que ahora viste el mendigo. Está desorientado por la larga vela.

MENDIGO Gracias a Dios que os hemos encontrado, mi señor.

ALGUACIL *(al MENDIGO, asestándole un puñetazo)* Cierra la boca, guiñapo.

ÍÑIGO Basta ya. ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que sucede?

ALGUACIL Lo hemos tenido encerrado toda la noche, mi señor. Afirma que vos le disteis vuestras espléndidas prendas, y que a cambio tomasteis las suyas. Está claro que miente, así que volveremos a azotarlo.

ÍÑIGO ¿Lo habéis azotado?

ALGUACIL Sí, mi señor. Estos mendigos son un fastidio, mi señor, sobre todo en las fiestas de guardar.

ÍÑIGO *(en un raptó de cólera)* Soy un mendigo. ¿Vais a azotarme, señor? ¡Adelante, intentadlo!

ALGUACIL Me haría muy feliz azotaros. Soy afortunado, pues disfruto con mi trabajo. Pero me siento un poco confuso, mi señor. La forma en la que habla vuestra merced... Es evidente que sois un caballero, mi señor. A pesar de vuestra ropa.

ÍÑIGO Soy un mendigo. Un mendigo. (*Toca al MENDIGO con suavidad*). ¿Te han azotado, amigo?

MENDIGO Sí, mi señor.

ÍÑIGO rompe a llorar y a sollozar de compasión.

ÍÑIGO (*para sí mismo*) ¿Qué es lo que me ocurre? Yo no lloro. No lloré cuando me serraron la rodilla.

ALGUACIL ¡Mi señor! ¡Mi señor! ¿Os importaría decirme qué es lo que sucede?

ÍÑIGO Soy yo quien debería ser azotado por todo lo que he hecho. Y este pobre hombre...

ALGUACIL ¿Por lo que habéis hecho, mi señor?

ÍÑIGO (*para sí mismo, con súbita comprensión*) Los pobres y los humildes son azotados. Oh, Dios, Dios. Así es. Esto tiene que cambiar. (*Al alguacil*). Este hombre es inocente.

ALGUACIL Este perro no tiene nada de inocente.

ÍÑIGO Es un ser humano. Y tiene un nombre.

MENDIGO (*al ALGUACIL*) Mi nombre es Íñigo, mi señor. De Vizcaya, en el País Vasco.

ÍÑIGO (*al ALGUACIL*) Sí, su nombre es Íñigo. Nos encontramos ayer, yo le di mis ropas y él me dio las suyas. Ahora, dejadle marchar.

ALGUACIL ¿Se las dio vuestra merced? Bien, mi señor.

El **ALGUACIL** está perplejo, de mala gana, deja libre al **MENDIGO** y se aleja.

ALGUACIL (*murmurando para sí*) Es un loco.

ÍÑIGO (*al MENDIGO*) Lo siento mucho, Íñigo. Perdóname.

MENDIGO No es culpa vuestra, mi señor.

Pausa breve.

MENDIGO ¿Puedo preguntaros vuestro nombre, mi señor?

ÍÑIGO Me llamo Íñigo. Pero no se lo digáis a nadie.

MENDIGO Es un bonito nombre.

ÍÑIGO Sí. A mí también me gusta.

MENDIGO Bien. Adiós, Íñigo.

ÍÑIGO Adiós, Íñigo. (*Contempla cómo el MENDIGO se marcha vistiendo sus espléndidas ropas. A continuación, para sí mismo*). Pero basta ya de nombres. Basta ya de señor. Solo soy el Peregrino.

Un fundido nos traslada a:

UNA CUEVA. MANRESA. MARZO DE 1522

ÍÑIGO Sí, esto es lo que busco.

Una cueva húmeda y oscura. Puedo oír el río ahí fuera. Cava, excava la oscura y radiante caverna de mi alma. (*Se echa en el suelo*).

Yacer. Yacer sobre la piedra fría. Sentir la energía de la roca. La Tierra. El planeta. Lejos de las miradas del exterior, siempre juzgando.

Aquí se está bien. Creo que este es el lugar.

Seré ermitaño. Ayunaré como aquellos Padres del Desierto.

Rezaré siete horas al día. Haré los ejercicios de Cisneros, los que el padre Chanon me dio. Y tomaré notas en mi cuaderno.

Este es mi sitio. Mi palacio. Mi castillo. Mi *Casa Grande*^[4].

(*Sonríe. Se siente feliz hasta el delirio*).

La luz se desvanece.

Oímos, como procedente del otro mundo, el canto de los monjes. Fundido cruzado. La acción se traslada a:

LA CELDA DE JEAN CHANON. MONTSERRAT

JEAN e ÍÑIGO están en mitad de una conversación.

ÍÑIGO Ahora soy un auténtico don nadie, y eso es justo lo que quiero ser.

JEAN Pero habéis llamado la atención. Y contáis con multitud de seguidores en Manresa. No tenéis formación en teología y, sin embargo, habláis acerca de Dios. Eso puede despertar sospechas.

ÍÑIGO Solo quiero compartir mi amor por Dios. Mi gozo. Todos deberían poder sentir esa felicidad.

JEAN Vuestra ingenuidad es conmovedora, Peregrino, pero poco inteligente. Tenéis que ser consciente de los vientos que soplan. La tempestad política. Ese pánico a la herejía. La excomuni3n de Lutero. Todo el que despierta dudas est1 invocando el peligro. Tened cuidado, Peregrino.

ÍÑIGO Pero a m3 nunca me ha interesado la pol3tica.

JEAN Todos formamos parte de ella, Peregrino. Incluso el propio Cristo. Siempre habr1 Dios, pero tambi3n habr1 siempre un C3sar.

ÍÑIGO S3, pero yo no quiero tener nada que ver con el C3sar. Nunca m1s. En la corte vi a muchos arrastr1ndose y adulando a los poderosos. Eso no es para m3. Ser3 un peregrino sin nombre en Tierra Santa. Confiar3 en la divina providencia y ayudar3 a los dem1s. Eso es todo lo que quiero. Nadie reparar1 en m3, gracias a Dios.

JEAN Si eso es lo que dese1s.

ÍÑIGO Lo es. M1s que nada en el mundo. Padre, siento... ¡siento una alegr3a que me desborda!

ÍÑIGO REZA EN SU CELDA. CONVENTO DE LOS DOMINICOS. MANRESA, 1522

En un extremo de la celda hay un gran boquete, abierto para unas obras en la estructura del edificio.

ÍÑIGO ¡Oh, Dios, Dios! ¿D3nde est1s? ¿Es que me has abandonado? (*De su boca sale una voz que no parece la suya*). «¡T3! M3rate. Crees que eres especial, ¿verdad? ¿Qu3 vida es esta que llevas? ¿C3mo vas a soportarla durante setenta a3os? Mira tus harapos. ¡Rid3culo impostor! ¡Menuda farsa la tuya! ¿Qu3 m1scara llevas esta vez? ¿La del enamorado? ¿La del hidalgo que se bate en duelo? ¿La del caballero? ¿La del

enfermo desesperado? ¿La del mendigo? ¿La del padre del desierto? Ah, ahora es la del monje, la del riguroso asceta.

¿Y si resulta que Dios no existe? Entonces, ¿qué? Haz que tu vida sea más fácil. Vuelve a Loyola. Date un buen baño. Lava tus hermosos cabellos. Córtese esas uñas sucias. Duerme en sábanas limpias». (*Acallando esa voz*). ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate, puerco, quienquiera que seas! ¿Acaso puedes prometerme una sola hora de vida? Justo cuando tenía la impresión de que empezaba a hacer progresos, me doy cuenta de que sigo siendo el mismo Íñigo de siempre. (*Empieza a desgarrarse los harapos y a abofetearse mientras grita*). ¡VAMOS, SEÑOR! Eres cruel, señor. Cruel. ¡VAMOS! ¡AUNQUE PARA OBTENER LA CURA TENGA QUE PONERME A CUATRO PATAS Y LADRAR COMO UN PERRO, LO HARÉ! ¡LO HARÉ! Ya no me queda orgullo. Ya no me queda nada. (*Pausa*). Soy un fracasado. He fracasado en todo lo que me he propuesto. Como cortesano, como soldado, como diplomático. Ahora, engañándome a mí mismo, intento seguir el camino del espíritu. Incluso en esto he fracasado. Debo afrontarlo: no encajo. No encajo en todo el maldito universo. De acuerdo, Dios. De acuerdo, universo. Ya lo he comprendido. No soy un erudito, pero aprendí muchas cosas de los hijos del herrero. Y además soy vasco. En mi corazón sigo siendo un niño de pueblo y puedo oler los cambios de estación. Puedo sentir la nieve en el aire antes de que empiece a caer. Puedo notar cuándo los manzanos de nuestros huertos están a punto de florecer. Puedo distinguir cuándo un terreno dará ricos frutos y cuándo es estéril. Cuándo un árbol está muerto. Y este árbol lo está. Está muerto. (*Pausa*). Ya estoy mejor. Aceptarlo me ha hecho bien. Ahora no siento nada. Solo quiero que todo acabe de una vez. (*Mira el suelo de la celda y el enorme y profundo boquete*). Ese agujero podría servir. Llevan semanas cavándolo. (*Se asoma al borde del boquete*). Un final para este fracaso llamado Íñigo. Esta máscara, este impostor. El agujero negro. Profundo, oscuro. Y ahora, la última máscara. La de la muerte. (*Está a punto de caer*). ¡Jesús! ¡Ayúdame! ¡Oh, Dios mío!

Se postra en el suelo.

La luz se desvanece.

Oímos el canto de los monjes.

EN LA CELDA DEL MONJE BENEDICTINO JEAN CHANON. MONTSERRAT

ÍÑIGO está arrodillado. Sigue vistiendo ropas de mendigo.

JEAN Las prácticas espirituales no consisten solo en gozo y consuelo. Si os tomáis vuestra alma en serio conoceréis otras noches oscuras. Puede ser muy penoso. Una prueba dura y heroica.

ÍÑIGO Llegué a sentir la tentación de quitarme la vida. Estuve a un paso de la condenación.

JEAN Y hallasteis la fuerza necesaria para vencer esa tentación. Es un impulso al que tendréis que enfrentaros de nuevo con todas vuestras fuerzas. Dios os ayudará.

ÍÑIGO Sí, padre. (*Pausa breve*). Quisiera hablaros acerca de ciertas cosas.

JEAN ¿Cosas, Peregrino?

ÍÑIGO Sí. Incluso aunque no contáramos con las escrituras para enseñarnos las cosas de nuestra fe, estaría dispuesto a morir por ellas y me sentiría dichoso de hacerlo sin más fundamento que lo que me ha sido revelado.

JEAN (*sereno y sonriente*) Continúad.

ÍÑIGO Bien. Vi una luz, una luz a partir de la cual Dios creaba la propia luz. La... esencia de la luz. Creo que no estoy me explicando bien.

JEAN Continúad.

ÍÑIGO Y sé que no tengo palabras para explicarlo. El caso es que un día fui a rezar a una iglesia que está a algo más de una milla de Manresa. Se llama San Pablo, y para llegar a ella tenía que seguir el río Cardoner. Me senté de cara al río, que fluía por su hondo cauce. Y mientras contemplaba el sol que centelleaba en sus límpidas aguas, de repente sucedió. No fue propiamente una visión. Todo lo que puedo decir es que se me abrieron los ojos y súbitamente comprendí la naturaleza de la fe y de las escrituras, y también del tiempo y el espacio, del mundo natural, el saber, la filosofía... Lo vi todo de una forma nueva.

Mientras el río corría, saltaba y reverberaba, yo me impregnaba de la verdadera sustancia de... de la vida. De la profunda esencia del sentido. Me asomé con nuevos ojos al mundo exterior y a mi propio paisaje interior. Se me permitió adentrarme en el secreto de todo ello. Y ahora soy –no por mi ropa, mi máscara exterior o mis sueños

infantiles de ser el mejor– un hombre completamente nuevo. Con una nueva mente. Un hombre nuevo para servir a otros. Y todo... todo ha cambiado. Esta iluminación se prolongó durante un buen rato. Luego me arrodillé y di gracias a Dios. *(Pausa)*. ¿Lo veis? Ya sabía yo que no encontraría palabras adecuadas para expresarlo.

JEAN *(lo mira fijamente unos instantes)* Esas revelaciones son maravillosas, Peregrino. Agradecédselas a Dios. Pero no son un fin en sí mismas. Debéis ver con serenidad a dónde os conducen.

ÍÑIGO Sí, padre. Lo haré. Gracias.

JEAN Id en paz. Y que Dios bendiga vuestra peregrinación a Jerusalén. Cuidaos, Peregrino.

ÍÑIGO Gracias, padre. *(Sale)*.

La luz se desvanece.

Oímos campanas de iglesia.

La luz ilumina el:

EXTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL MAR. BARCELONA, 1524

Entra un MENDIGO muy harapiento. No lleva más vestido que «unos calzones de lienzo grosero hasta la rodilla, las piernas desnudas, un par de zapatos viejos, un jubón de lienzo negro abierto y con muchas cuchilladas en los hombros y un sayo corto y raído». Poco a poco advertimos que se trata de ÍÑIGO, casi irreconocible.

ÍÑIGO ¡Limosna! ¡Una limosna, por amor de Dios!

Una MUJER con velo ha estado observándole. Va muy bien vestida.

MUJER Es obra de Dios que vuelva a veros.

ÍÑIGO ¿Volver a verme, mi señora?

MUJER Me llamo Isabel Roser. Estabais en Barcelona hace unos meses. Os vi aquí, delante de Santa María del Mar. Hablabais acerca de Dios, y reparé en cómo

entregabais toda la limosna que os habían dado a quienes la necesitaban aún más que vos. Desde entonces he rezado por vos cada noche.

ÍÑIGO Os agradezco que lo hicierais, doña Isabel.

ISABEL Parecéis pálido y enfermo. Y vuestra ropa está mucho más andrajosa que la última vez que os vi. ¿Dónde habéis estado?

ÍÑIGO De peregrinación en Jerusalén. Quería quedarme allí, pero era peligroso para los extranjeros. Yo no tenía miedo, pero los franciscanos me amenazaron con la excomunión si no me marchaba. De modo que Dios, por el momento, tiene otros planes para mí. Pero volveré. Debo hacerlo. Es lo que más deseo. El viaje de vuelta fue bastante arriesgado. Naufragios, piratas. Atravesé descalzo naciones en guerra, pidiendo por el camino. Fui detenido, interrogado y torturado, pero Dios preservó mi vida. El camino^[5] fue... *(Con la mirada perdida, se muestra profundamente conmovido e incapaz de encontrar palabras).*

ISABEL ¿Tenéis algún lugar donde quedaros? Mi esposo y yo nos sentiríamos muy honrados si os quedarais con nosotros. Seríais bienvenido.

ÍÑIGO Gracias, mi señora, pero la generosa Inés Pascual, de Manresa, me ha cedido una buhardilla en su casa de Barcelona.

ISABEL ¿Una buhardilla?

ÍÑIGO Es todo lo que necesito. Después de las calles y los campos, es un palacio. Pero si es necesario, también sé hacerme un buen lecho con guijarros, mi señora.

ISABEL ¿Puedo preguntaros vuestro nombre?

ÍÑIGO Soy el Peregrino.

ISABEL Cenad esta noche con nosotros, buen Peregrino.

ÍÑIGO *(se queda pensando un instante)* No, gracias, mi señora Isabel. Con mi pan y mi agua tengo suficiente.

Mientras la luz se desvanece, se oye música.

Han transcurrido algunos meses. La luz ilumina:

LA CASA DE ISABEL. BARCELONA, 1525

ISABEL habla con JERÓNIMO ARDÉVOL, MAESTRO de gramática latina y profesor de ÍÑIGO.

ISABEL Esa luz. Esa luz que emanaba de su rostro. Es el primer hombre verdaderamente santo que encuentro. Nuestra familia tiene uno de los mejores bancos en la catedral, maestro Ardévol. Cenamos en la intimidad con el arzobispo y el cardenal. Y los abades de los monasterios comen, y muy bien, por cierto, en nuestra casa de la ciudad.

ARDÉVOL Y he aquí que aparece Íñigo envuelto en sus harapos. Dando gracias por un mendrugo de pan. Sonriendo. Escuchando.

ISABEL Sí. Señor, hace falta que ocurra algo. La Iglesia tiene que salir a la calle. Tiene que empujar la puerta del taller del pobre carpintero, sentarse junto a él entre el serrín y aprender a amar. He estado en conflicto con mi fe. No con Dios, sino con esos hombres orgullosos que forman el clero. Con su temor a las mujeres. Sus sempiternas caras largas. Su malhumor. Sus sinuosos rodeos. Su desdén y su esnobismo social e intelectual. Mi fe ya apenas tenía sentido. Me aferraba a ella como quien cuelga de un acantilado. Y estaba a punto de caer, pues mis uñas empezaban a soltarse. Entonces encontré a Íñigo. Él salvó mi fe con su humildad. Con su amor. Vi en él a un hombre que amaba mi alma. Y sus ejercicios espirituales...

ARDÉVOL Ah, sí...

ISABEL Me cambiaron. ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo podía saber el modo en que una mujer siente en lo más profundo de su corazón? Los hombres no saben esas cosas. Perdonadme, buen maestro Ardévol, pero los hombres no abren sus corazones. No lloran de amor y compasión. Pero él lo hace. Habla de «sentir» la voluntad de Dios. Sentir.

ARDÉVOL Y, sin embargo, ¡vive en una agitación tan extrema! Ojalá tuviera más paz. Y serenidad. Ansía la soledad y el anonimato y, sin embargo, una muchedumbre llama a la puerta de su habitación. Debemos persuadirlo para que se forme. Para que pueda defenderse a sí mismo. La universidad de Alcalá sería una buena elección.

Sigue un diálogo opcional.

[* Entra ÍÑIGO.

ÍÑIGO Siento presentarme sin haberme hecho anunciar. Pasaba por aquí de camino al convento.

ISABEL Sois bienvenido, Íñigo. Por favor, sentaos.

ÍÑIGO Gracias, Isabel. He hecho mis deberes de latín, maestro Ardévol. Me temo que no hago grandes progresos.

ARDÉVOL Pero progresáis, Íñigo.

ÍÑIGO Si es así, se debe a vuestra experta tutela, mi buen maestro Ardévol. ¡Pero sigo sintiéndome tan estúpido! Como un completo idiota en una clase con niños de cinco o seis años. Con esto Dios me ha impuesto una verdadera penitencia.

ARDÉVOL Sí, me temo que nunca seréis profesor de latín. Pero al menos aprenderéis lo suficiente para que os admitan en la universidad. Alcalá sería una buena elección. Una universidad joven, vibrante y abierta de mente. Llena de entusiasmo por Erasmo y la nueva cultura. Su *Enchiridion* es un librito delicioso. Trata de la relación personal con Dios.

ÍÑIGO La verdad es que no conozco su obra. Por supuesto, he oído hablar de él. Pero lo cierto es que estoy muy lejos de ser un erudito.

ARDÉVOL Vuestros propios *Ejercicios espirituales* son de gran ayuda para encontrar esa relación personal con Dios. El uso de la imaginación para colocarse uno mismo en los relatos de la Biblia. Encontrarse con el insondable misterio divino en nuestra imaginación. En nuestro deseo. En nuestra alma. Cara a cara.

ÍÑIGO Sí, la imaginación es uno de los mejores lugares para encontrar lo que en nosotros hay de divino.

ARDÉVOL Sin embargo, hablar en público de una relación personal con Dios puede ser peligroso para quienes carecen de título para ello.

ÍÑIGO Solo voy a decir la verdad.

ARDÉVOL Puede que con eso no sea suficiente. Dios quiere que sigáis vivo. Y para eso tenéis que ser más listo. Del mismo modo que estáis aprendiendo latín, debéis aprender el lenguaje en el que habla el poder.

ÍÑIGO Conozco el lenguaje de los poderes terrenales. Lo aprendí durante mi estancia en la corte. Y no me interesa, maestro Ardévol.

ARDÉVOL Vuestro mensaje llegaría más lejos.

ÍÑIGO ¿Y a costa de qué? (*Pausa*). ¿De mi alma?

ARDÉVOL Muy bien. Pero obtened algún título académico. Cuando terminéis lo que estáis estudiando aquí, id a Alcalá. Escuchad lecciones de lógica de Domingo de Soto. Aprended la filosofía natural de Alberto Magno y la teología de Pedro Lombardo.

ÍÑIGO ¿Y qué hay de ayudar a la gente? ¿Qué pasará con mi misión, con mi servicio a los pobres de los hospicios, con mi vida de oración?

ISABEL Querido Íñigo, podréis llevar a cabo vuestro trabajo con mayor libertad.

ÍÑIGO ¿Y para eso es preciso seguir un curso en la universidad?

ARDÉVOL Íñigo, id a Alcalá cuando hayáis terminado de estudiar la gramática latina.

ÍÑIGO Debo pensarlo más detenidamente.

ISABEL ¡Vasco testarudo!

ÍÑIGO Lo soy, es cierto. Pero os aseguro que lo estudiaré detenidamente. Utilizaré la técnica de discernimiento de los *Ejercicios*. Trazaré dos columnas y anotaré en ellas los argumentos a favor y en contra de ir a Alcalá. Y luego dos columnas con los argumentos a favor y en contra de no ir. Después viviré varios días como si hubiera decidido en un sentido, y luego como si hubiera decidido en el otro. Finalmente reflexionaré en profundidad acerca de cómo me hace sentir cada una de las dos opciones. Dios quiere para nosotros lo que nosotros mismos queremos, así que acabaré descubriendo lo que deseo. Lo que verdaderamente deseo, no una mera ilusión o lo que ahora mismo pienso que debería desear. (*Pausa breve*). Empecé a pensar en estas cosas cuando estaba en casa, convaleciente. Lo cierto es que allí empezó todo. En fin, debo marcharme. Me esperan las hermanas del convento.

ISABEL Adiós. Tened cuidado, Íñigo.

ÍÑIGO Siempre. (*Hace una reverencia y sale*).

El diálogo opcional concluye en la siguiente línea de ARDÉVOL.

ARDÉVOL Ciertamente, debe tener cuidado*]. A la gente como nuestro querido Íñigo siempre se la tacha de agitadora.

ISABEL Se está creando poderosos enemigos.

ARDÉVOL Ya lo creo.

La luz se desvanece.

UNA CALLE POR LA NOCHE. BARCELONA, 1525

ÍÑIGO camina con su ropa raída. Un CABALLERO surge de las sombras.

CABALLERO ¿Sois ese individuo al que llaman Íñigo? ¿El que trabaja con las monjas en el convento?

ÍÑIGO Sí, hermano. ¿En qué puedo ayudaros?

CABALLERO (*saca un grueso garrote y le pega con fuerza*) Ocupándoos de vuestros propios asuntos.

ÍÑIGO ¿En qué os he ofendido, hermano?

CABALLERO Había un discreto acuerdo para que las hermanas pudieran recibir la visita de algunos caballeros, y todo el mundo hacía la vista gorda.

ÍÑIGO Lo sé, hermano. Y he hablado con las hermanas, que...

CABALLERO Oh, sí, ya lo creo que habéis hablado con ellas. Y ahora mi Teresa no quiere darme ni tan siquiera un beso en la mejilla. Dice que ha estado practicando ciertos estúpidos ejercicios que le disteis. ¡Pero si ese lugar era una excelente escuela de señoritas!

ÍÑIGO (*con enojo y firmeza*) Una santa orden no es una escuela de señoritas. Ni tampoco un burdel. ¿Cómo habéis osado usarla como tal, cuando es un lugar destinado a la contemplación y la oración?

CABALLERO (*vuelve a pegarle con el garrote*) No me sermonees. Ni siquiera eres un cura. No eres más que un sucio mendigo pretencioso.

ÍÑIGO (*reprimiendo la cólera*) Estáis de suerte de que ya no lleve armas, señor.

CABALLERO ¡Ja, ja, ja! ¡Míralo! Hay mucha gente importante a la que tú y tus seguidores habéis molestado con vuestras impertinencias. Entre ellas, algunos sacerdotes, el obispo e incluso el cardenal.

ÍÑIGO (*más calmado*) También se les debe ofrecer a ellos la oportunidad de cambiar.

CABALLERO (*vuelve a pegarle*) No metas tus narices donde no te llaman. Basta ya de entrometerte en los asuntos de los demás. Vamos a dejar las cosas tal como están, ¿de

acuerdo?

ÍÑIGO *(en una explosión de cólera, con voz airada y tonante, tanto que el CABALLERO se queda boquiabierto)* ¿Tal como están? ¿Tal como están? Eso es lo que os gustaría, ¿no es cierto? Mantener el apestoso estado de las cosas. Estos conventos son uno de los pocos lugares donde las mujeres pueden vivir en paz una vida espiritual y escapar a las aplastantes demandas que los hombres les imponen. *(En un breve aparte consigo mismo)*. Magdalena. Isabel. Cómo asfixiaron vuestro espíritu. *(Dirigiéndose de nuevo al CABALLERO)*. Oh, sí, dejemos las cosas como están, ¿verdad? *(Pausa breve. Ahora más sereno)*. Os conozco, señor. Conozco demasiado bien a los hombres como vos. De modo que adelante, apaleadme otra vez. Porque mientras me siga quedando vida, seguiré cumpliendo la obra de Dios. Miradme a los ojos. *(El CABALLERO le mira. Está un poco asustado, menos airado y más callado)*. ¿Veis en ellos algún miedo a la muerte? No siento miedo alguno. He visto y oído cómo mis propios huesos se partían y astillaban en la batalla, señor. Y he atravesado con mi espada a hombres mucho mejores que vos. De modo que seguid. Si queréis detenerme, tendréis que matarme. Ojalá fuera a manos de un hombre de verdad.

CABALLERO ¡Miserable y repugnante pordiosero! *(Sin que ÍÑIGO se resista, lo apalea brutalmente hasta dejarlo por muerto)*. ¡Fariseo inaguantable! Vete al infierno de una vez, pedigüeño. Aquí nadie te echará en falta. *(Escupe en el cuerpo inerte de ÍÑIGO y sale huyendo)*.

Entran dos jóvenes estudiantes de la Universidad, ARTEAGA y CALIXTO. Descubren a ÍÑIGO y lo tocan.

CALIXTO ¡Maestro Íñigo! ¡Maestro Íñigo!

ARTEAGA Ya está. Está vez sí que lo han matado.

CALIXTO ¡Oh, Dios, no! Cuando por fin habíamos encontrado a alguien a quien creer, lo matan.

ARTEAGA Sabía que acabaría sucediendo algo así.

CALIXTO Llévemolo a casa de mi señora Isabel.

EN LA CASA DE DOÑA ISABEL ROSER. 1525

Se oye el murmullo de gente que reza el Rosario. ISABEL ROSER y el maestro ARDÉVOL contemplan a ÍÑIGO, a quien CALIXTO y ARTEGA llevan en brazos.

Lo rodean y rezan el Ave María en baja voz. El cuadro evoca las representaciones renacentistas de la Piedad con mujeres dolientes.

Todos hablan en tono susurrante.

ISABEL Lo sabía.

ARDÉVOL Era solo cuestión de tiempo. Señor, sanad a vuestro siervo Íñigo.

ISABEL Si es vuestra voluntad, sanadlo. Si no lo es, sanadnos a nosotros. Amén.

CALIXTO Nadie en la universidad habla con tanta autoridad como él.

ARTEAGA Ha causado revuelo entre todos los estudiantes. ¡Habla de manera tan libre, tan abierta! Y siempre dice la verdad.

CALIXTO Los estudiantes descubren enseguida las majaderías, y lo mismo le ocurre a Íñigo.

ARDÉVOL La verdad puede matarte, Íñigo. Te dijimos que tuvieras cuidado.

ISABEL Es valiente, maestro Ardévol.

ARDÉVOL Es adicto al riesgo, doña Isabel.

ISABEL La vida es riesgo. El amor es riesgo. Toda la vida de Cristo fue riesgo. Como lo es la de todos.

ARDÉVOL Recemos por él. Y si se recupera, deber ir a Alcalá. Es más seguro.

Reanudan el Rosario. ISABEL dirige el rezo. Las letanías se desvanecen mientras:

Fundido cruzado. Una fragua resplandece en la oscuridad.

Contemplamos al HERRERO golpeando con su martillo en la fragua. Oímos el martilleo. Vemos al NIÑO ÍÑIGO mirando fijamente las llamas y a MARÍA que canta la nana vasca «Loiolako txiki». El último martillazo del HERRERO coincide con:

Golpe de mazo de un juez. La escena nos traslada a:

ALCALÁ. UNA SALA DE AUDIENCIA. 21 DE NOVIEMBRE DE 1526

El vicario general FIGUEROA está sentado en una silla semejante a un trono. El decorado debe recordar a la escena del juicio ante el corregidor en la juventud de ÍÑIGO.

ÍÑIGO, CALIXTO y ARTEAGA están en el banquillo, encadenados.

FIGUEROA Tras la investigación llevada a cabo aquí en Alcalá y el proceso iniciado por los inquisidores concerniente al modo de vivir de los acusados, debo informar a vuestras mercedes de que el fallo de esta audiencia, pronunciado en el día de hoy, vigésimo primero del mes de noviembre del año de nuestro Señor de mil quinientos veintiséis, es que no habiéndose podido encontrar error alguno ni en lo doctrinal ni en el mencionado modo de vivir, vuestras mercedes pueden seguir haciéndolo sin ningún impedimento.

ÍÑIGO Gracias, amigo.

GUARDIA *(con severidad)* El acusado se dirigirá al asistente del arzobispo de Toledo, vicario general Figueroa, como vuestra señoría.

ÍÑIGO Yo llamo a todo el mundo amigo, hermano o compañero. Como hacía Cristo.

GUARDIA ¡Silencio!

FIGUEROA Está bien, guardia. Amigo, hermano... Cosas peores me han llamado. Bien, vuestras mercedes son libres de marcharse. ¡Que pase el siguiente!

ÍÑIGO Si me lo permitís, amigo...

FIGUEROA Decidme.

ÍÑIGO No acabo de ver qué provecho hacen estas inquisiciones.

FIGUEROA *(parece sorprendido)* ¿De veras?

ÍÑIGO Y me gustaría saber si esos inquisidores han hallado en nosotros alguna herejía. Los insultos, las mentiras y el odio contra mi persona son bienvenidos, pues me ofrecen una oportunidad de crecer en humildad. Pero no estoy dispuesto a permitir que mi lealtad y mi fe se vean cuestionadas. De modo que, para que conste formalmente, ¿se nos considera herejes?

FIGUEROA No. *(Los acusados dan muestras de alivio)*. Si os hubieran encontrado alguna herejía os habrían quemado.

ÍÑIGO Como también os quemarían a vos si os hallaran alguna herejía.

CALIXTO y ARTEAGA no pueden dar crédito a que ÍÑIGO haya dicho algo así. Tampoco FIGUEROA.

GUARDIA ¡Silencio! ¡Silencio!

FIGUEROA No, buen guardia, tiene razón. (*Sonríe con ironía*). Así que será mejor que vuestras mercedes mantengan la cabeza gacha, ¿de acuerdo? ¡El siguiente!

Mientras el guardia acompaña a los acusados fuera de la sala, la luz ilumina:

EL EXTERIOR DE LA CÁRCEL DE ALCALÁ. JUNIO DE 1527

ISABEL ROSER espera en el exterior. ÍÑIGO sale de la cárcel en compañía de CALIXTO y ARTEAGA.

ISABEL ¡Íñigo! ¡Amigos! Ya van tres juicios, Íñigo. Esta vez han sido cuarenta y dos días de cárcel. He contado cada uno de ellos.

ARTEAGA Después de la segunda investigación de Figueroa, creí que nos dejaría en paz. Después de la tercera, he llegado a tener miedo de la sentencia.

ISABEL ¿Y cuál ha sido?

CALIXTO Esta vez tampoco nos considera culpables de herejía.

ISABEL Bien. Demos gracias a Dios. Pero Íñigo, podrías haber sido ejecutado. ¿Te das cuenta de lo cerca que has estado esta vez de perder la vida? En fin, por lo menos estás libre.

ÍÑIGO ¿Libre? ¿Cómo puedo ser libre si no se me permite llevar a cabo mi obra?

ISABEL Pero Íñigo, no puedes desobedecer a Figueroa así como así.

ÍÑIGO ¿No? ¿Estás segura?

ISABEL e ÍÑIGO se apartan un poco.

ISABEL Íñigo, Dios quiere socorrernos por medio de quienes nos aman. De quienes os aman a vos. Muchas personas importantes estaban dispuestas a ayudaros, pero habéis

preferido arriesgar vuestra vida. ¿Sois consciente de lo que le hacen a la gente que encuentran culpable de herejía?

ÍÑIGO Sí.

ISABEL La muerte en la hoguera. Ese suplicio cruel y prolongado. Una agonía inimaginable.

ÍÑIGO Sí.

ISABEL ¡Ja! Tan cristiano, tan misericordioso. Qué compasiva es nuestra Iglesia.

ÍÑIGO Soy muy consciente de ello.

ISABEL No, no es más que locura. Otro de vuestros gestos heroicos y señoriales.

ÍÑIGO No, no. Eso sería hacer lo que mi familia siempre ha hecho. El modo de actuar de los Loyola. Un favor por aquí. Una palabra susurrada en el oído adecuado por allá. No. Basta ya de palabras almibaradas detrás de los tapices. Basta ya de contemporizar con el poder. Así fue como me libraron de la cárcel de joven, en Guipúzcoa. (*ARTEAGA y CALIXTO se miran sorprendidos*). Es una cuestión de honor. Confiaré en Dios, mi señora Isabel, y solo en Él. Incluso aunque eso suponga la muerte.

ISABEL ¡Sois imposible! No es más que vuestro orgullo de vasco. No se trata de la voluntad de Dios, se trata de vuestro orgullo. El orgullo de Narciso. El orgullo ingenuo y terco de Íñigo de Loyola. (*Pausa*). Y ahora ¿qué pensáis hacer?

ÍÑIGO Durante estas semanas en la cárcel hemos rezado y utilizado los *Ejercicios* para considerar un resultado como este. Y hemos decidido dejar inmediatamente Alcalá.

ISABEL ¿Dejar Alcalá? ¿Y a dónde iréis?

ÍÑIGO A Salamanca. Es una universidad excelente. Nuestro pequeño grupo se merece lo mejor. Y la prohibición que se nos ha impuesto no se extiende a esa ciudad. Rezaré. Rezaré como si todo dependiera de mis plegarias. Y trabajaré. Trabajaré como si todo dependiera exclusivamente de la acción humana. (*Pausa breve. A los dos jóvenes*). ¡Os veo en Salamanca!

ARTEAGA y CALIXTO ¡En Salamanca! Adiós, Isabel. Adiós, Íñigo.

ISABEL Adiós, muchachos. (*ARTEAGA y CALIXTO salen*). ¿Ya está? ¿Esto es todo? Sois muy frío.

ÍÑIGO ¿Frío?

ISABEL Tenéis hielo en el corazón.

ÍÑIGO (*empieza a tartamudear un poco*) Mi... mi corazón es más ardiente que la fragua de un herrero, Isabel.

ISABEL ¿De veras?

ÍÑIGO Aunque... aunque hay partes de mi corazón...

ISABEL ¡Dais tanto a los extraños y tan poco a los que tenéis cerca! ¿Dónde os escondéis?

ÍÑIGO Yo no me escondo.

ISABEL Os escondéis. Sois el más elusivo de los hombres. Apenas se os vislumbra, ya os habéis marchado. Decís que no huís de nadie. Entonces ¿por qué huís de la intimidad?

ÍÑIGO Hay ciertas intimidades que yo... Nunca volveré a conocer.

ISABEL ¿Y a dónde os llevará todo esto, Íñigo?

ÍÑIGO Aún ansío volver a Tierra Santa. Con tantos estudios académicos, no me harán dar la vuelta por segunda vez.

ISABEL ¿Y qué me decís del consuelo, del bálsamo de la amistad, de la caricia de un ser querido?

ÍÑIGO (*rompiendo a sollozar*) Sí, sí. Pero yo también encuentro un... ¡un gozo tal! Y los afectos desordenados pueden ser meras ilusiones que solo agudizan nuestro sufrimiento.

ISABEL ¿Los afectos desordenados?

ÍÑIGO Sí.

ISABEL (*sollozando también*) ¿Acaso soy egoísta por desear que os quedéis aquí? Sí, sí.

ÍÑIGO No. No sois egoísta, Isabel.

ISABEL ¡Íñigo!

ÍÑIGO Nunca nos separaremos. La mera distancia jamás podrá separar a aquellos cuyas almas Dios ha forjado unidas.

ISABEL Puede ser.

ÍÑIGO Vos y yo, Isabel. Aquí y en el cielo. Sed valiente.

ISABEL ¿Valiente? ¿Qué significa eso? ¿Qué significa realmente? (*Pausa*). De modo que Salamanca. Será mejor que os vayáis, Íñigo.

La luz se desvanece.

El HERRERO da golpes con el martillo en la fragua. El NIÑO ÍÑIGO contempla las llamas. El último martillazo coincide con el golpe de mazo de un juez mientras un fundido cruzado nos traslada a:

UNA SALA DE AUDIENCIA. SALAMANCA, 1527

ÍÑIGO, CALIXTO y ARTEAGA están encadenados.

UJIER Comienza la vista ante el vicario general Figueroa. ¡En pie!

FIGUEROA De modo que aquí tenemos, una vez más, al causante de tanto escándalo. Todo este escándalo por un hombrecillo como vos, ¿eh, Loyola?

ÍÑIGO Sí.

FIGUEROA Sí... ¿qué?

ÍÑIGO Sí, vuestra señoría.

FIGUEROA Mucho mejor así. Sé que a vuestras mercedes les importa un comino la autoridad, pero esta vez os comportaréis con el debido respeto, Loyola. Y procurad decir la verdad. Puede que vuestra vida dependa de ello. ¿Lo entendéis, Loyola?

ÍÑIGO Sí, vuestra señoría.

FIGUEROA Jurad sobre esta Biblia y en el nombre de Dios que vuestro testimonio será la verdad.

El ujier le presenta la Biblia.

ÍÑIGO Lo juro. En el nombre de Dios.

FIGUEROA (*sacando un ejemplar de los Ejercicios*) Vuestros *Ejercicios espirituales*. Un librito interesante, aunque su autoría sea bastante oscura.

ÍÑIGO ¿Qué quiere decir vuestra señoría?

FIGUEROA ¿Lo habéis escrito vos?

ÍÑIGO Sí, vuestra señoría.

FIGUEROA Muy interesante. Aunque no sea demasiado original. Un refrito de textos de los Padres del Desierto que luego pasaron por Cisneros.

ÍÑIGO Estoy en deuda con ellos, vuestra señoría. Yo he añadido algunas sugerencias.

FIGUEROA Sí, no cabe duda de que lo habéis hecho. ¿Y quién le otorga a un mendigo inculto como vos el derecho a interpretar la Biblia?

ÍÑIGO Mi intención solo es ayudar a los demás, vuestra señoría.

FIGUEROA (*pausa*) ¿Y qué opinión os merece el *Enchiridion* de Erasmo? ¿Estáis de acuerdo en que la inclinación erasmista a alternar la consideración de los dones divinos con el sufrimiento causado por el pecado es en parte el resultado de una concepción espiritual neoplatónica?

ÍÑIGO No.

FIGUEROA ¿Y por qué no estáis de acuerdo?

ÍÑIGO Porque no he entendido lo que vuestra señoría acaba de decir.

FIGUEROA ¿De veras?

ÍÑIGO Prefiero la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis.

FIGUEROA ¿Por qué?

ÍÑIGO Es más sencilla. Más práctica. Erasmo alaba la pobreza radical, pero a él no le he visto practicarla. Es un hombre con muy buenas cualidades, pero en mí han influido radicales más... más auténticos.

FIGUEROA ¿Estáis dispuesto a darme sus nombres, Loyola?

ÍÑIGO Lo estoy, señoría.

FIGUEROA Muy bien Loyola, mucho mejor así. Nombradlos, pues.

ÍÑIGO San Francisco de Asís y santo Domingo.

FIGUEROA Ya veo. ¿Y esperáis que crea algo así? Vuestros garabatos están impregnados de erasmismo, Loyola.

ÍÑIGO ¿Lo están, señoría?

FIGUEROA Desde luego que lo están, Loyola. Ese énfasis en una relación personal con Dios...

ÍÑIGO ¿Qué ocurre con él, señoría?

FIGUEROA ¿Es eso lo que propugnáis?

ÍÑIGO Sí, vuestra señoría. Pero...

FIGUEROA (*al NOTARIO*) ¿Lo habéis anotado? (*El NOTARIO asiente*). Ya lo suponía. (*Pausa*). Y me figuro que habréis oído hablar de los alumbrados.

ÍÑIGO Sí, vuestra señoría.

FIGUEROA O de los iluminados.

ÍÑIGO Sí, vuestra señoría.

FIGUEROA ¿Y os contáis entre ellos?

ÍÑIGO No, vuestra señoría.

FIGUEROA Entonces ¿cómo explicáis los informes de testigos que os han oído utilizar las palabras iluminación e iluminado para referiros a vos mismo y a vuestros seguidores?

ÍÑIGO Realmente, no puedo explicarlo.

FIGUEROA ¿De dónde le puede venir a un alma esa iluminación?

ÍÑIGO (*empezando a tartamudear*) No lo sé.

FIGUEROA ¿Quién la ilumina?

ÍÑIGO No...

FIGUEROA ¿Quién la ilumina?

ÍÑIGO Puede ser...

FIGUEROA ¿Quién la ilumina, Loyola?

ÍÑIGO ¿El Espíritu Santo? (*Pausa*).

FIGUEROA (*ahora más calmado*) Ahí está. Acabáis de coincidir con los alumbrados y sus heréticas posturas.

ÍÑIGO Pero yo no estoy afirmando...

FIGUEROA ¡Silencio! Creo que vuestras intenciones son buenas. Loyola. Pero las personas como vos son una amenaza. Un verdadero peligro para las almas. Probablemente no de forma intencionada. Pero, en cualquier caso, un peligro. Así que

¿por qué no poner fin de una vez por todas a este sinsentido? ¿Por qué arriesgarse a la humillación pública y a la muerte?

ÍÑIGO Soy un leal servidor de la Iglesia, señoría. Si hay herejía en cualquiera de las cosas que he hecho, acusadme de ella.

FIGUEROA (*pausa*) ¿De qué se trata, Loyola? ¿Qué es lo que os proponéis? Un caballero como vos, de la baja nobleza vasca. Os gustan las máscaras, ¿verdad? ¿Cuál os habéis puesto hoy? ¿La del caballero errante? ¿La del soldado? ¿La del mendigo? ¿La del santo? ¿La del reformador religioso? ¿Qué máscara os habéis puesto hoy, Loyola? ¿Sabéis vos mismo quién sois verdaderamente? (*Acercando su rostro al de ÍÑIGO*). Os vigilo, Loyola. Soy capaz de descubrir a un impostor a veinte leguas de distancia. (*Sale arrastrando los pies, seguido del NOTARIO. Volviéndose hacia los acusados*). Que sean confinados en una celda a la espera de la sentencia.

La luz se desvanece.

Fin del acto I.

ACTO II

Vemos y oímos al HERRERO dando golpes con el martillo en la fragua.

Cambio de escena:

PARÍS. DOS AÑOS DESPUÉS. COLEGIO DE SANTA BÁRBARA, UNIVERSIDAD DE PARÍS. 1529

La habitación de ÍÑIGO, pobre, muy destartada y con poco espacio.

ÍÑIGO está hablando con un compañero de habitación, PEDRO FABRO, un joven sensible y de aspecto angelical.

FABRO ¡Ahora lo veo todo tan claro, amigo Íñigo!

ÍÑIGO Me alegro mucho, Fabro.

FABRO ¡Esos milagrosos *Ejercicios*! No me extraña que todo el mundo hable de ellos en la universidad. Tienes que ser un genio, Íñigo. ¿Cómo has podido crear algo así?

ÍÑIGO Vamos, vamos, Pedro, no es para tanto. Digamos simplemente que he tenido mucha ayuda.

FABRO Pues me alegro de que la hayas tenido. Y también me alegra que en Salamanca te exculparan. ¿Por qué iba a querer alguien castigarte, querido Íñigo? Fíjate en mi vida. Aquel niño que cuidaba las ovejas en las colinas de Saboya, que lloraba de ansias de recibir una educación y jugaba a ser sacerdote con sus amigos. Y luego aquí, el bullicio de París. Temor, confusión. ¿Seré médico? ¿Abogado? ¿Profesor? Ahora ya lo sé. Los *Ejercicios* me han ayudado a decidirlo: seré sacerdote.

ÍÑIGO Si eso es lo que verdaderamente deseas...

FABRO Oh, sí, desde luego que sí. Gracias, Íñigo.

Se abre la puerta y entra un joven apuesto, fuerte y rebosante de salud.

JOVEN Hola, Fabro. ¿De modo que este es el nuevo compañero de habitación? Sé que estamos en la ruina, pero no pretenderás que quepamos los tres en este cuartucho.

FABRO Íñigo, este es mi amigo Francisco.

ÍÑIGO Es un placer conocerte, Francisco.

FRANCISCO Oh, sí, ya he oído hablar de ti. El Viejo. Bueno, mientras no ronques, no ventosees, te guardes para ti mismo tus ideas de santurrón y no te metas en mi vida, nos irá bien. De todos modos, estaré fuera la mayor parte del tiempo, ejercitándome, así que no me verás mucho el pelo.

ÍÑIGO ¿Ejercitándote?

FABRO Francisco es uno de los mejores atletas de la universidad de París.

FRANCISCO No, Pedro, eso no es del todo cierto. Desde que estoy aquí he ganado todos los medallones de oro, así que soy simplemente el mejor.

FABRO Y el más modesto.

ÍÑIGO (*le mira con atención, sonriente*) Enhorabuena, Francisco.

FRANCISCO Para vos, soy don Francisco de Jasso y Javier.

ÍÑIGO ¿Javier? ¿No serás del castillo de Javier, en Nájera?

JAVIER Querrás decir en Navarra.

ÍÑIGO Yo luché a favor del duque de Nájera en la batalla de Pamplona.

JAVIER ¿Batalla? Como mucho, podemos llamarla escaramuza. Vaya, pues no tienes mucha pinta de soldado.

ÍÑIGO No llegué a seguir la carrera de las armas. Fui herido.

JAVIER Mala cosa. Mi familia estaba en el otro bando.

ÍÑIGO Vaya.

JAVIER Y mis hermanos lucharon en Pamplona. Quizá fue uno de ellos el que te hirió.

ÍÑIGO Quizá.

JAVIER En fin, por lo menos eres vasco. ¿De dónde eres?

ÍÑIGO De Loyola. Al lado de Azpeitia, en Guipúzcoa.

JAVIER Ah, sí. Mi familia era de la vieja nobleza. Mi padre fue el presidente del Consejo Real de Navarra hasta que tu duque lo reemplazó. Murió de pena.

ÍÑIGO Lo siento muchísimo, Francisco.

JAVIER Pues no lo sientas. No necesito tu compasión.

FABRO Tienes que dejarle que te dé los *Ejercicios*, Francisco.

JAVIER Oh, sí, esos *Ejercicios* de los que todo el mundo habla. Pues lo siento, pero no tengo tiempo. Los asuntos piadosos no van conmigo. Pedro es el único tipo devoto para el que tengo tiempo, porque no es un hipócrita y porque es mi amigo. (*Breve pausa*). A esos santurrones puedes verlos salir de la capilla del colegio. Demasiado santos para sonreír. Lanzando pellas de barro a la cara de los mendigos que hay fuera, los muy miserables. Por otra parte, debo seguir con cierta cosa llamada mi vida. (*Deja caer sus bolsas*).

ÍÑIGO Puedo ayudarte.

JAVIER ¡Hombre, mira, ya empezamos! ¡Aleluya, hermano!

ÍÑIGO Quiero decir que puedo ayudarte a encontrar trabajo. Aquí, en la universidad.

FABRO Escúchale, Francisco. Ayuda a todos lo que se lo piden. Es cierto, puede encontrarte trabajo aquí.

JAVIER Muy bien. No tengo nada en contra de esa clase de ayuda. Gracias. Bueno, salgo. Tengo una cita con una preciosa dama. Hasta luego. (*Sale*).

FABRO Lo siento, Íñigo.

Se oye un golpe en la puerta. FABRO se apresura a acudir.

FABRO Francisco, si vuelves para disculparte por tu grosería, me temo que es un poco tarde.

Abre la puerta. En el vano aparece un hombre de carismática apariencia, vestido con el imponente atuendo de obispo. Es GIAN PIETRO CARAFA.

FABRO ¡Oh! ¿Puedo ayudaros, padre?

CARAFÁ Monseñor. Monseñor Carafa.

FABRO Perdón, monseñor. Por favor, pasad. (*Sacude el polvo de una silla desvencijada*). Sentaos.

CARAFÁ se sienta. Su rico atuendo contrasta con la pobreza de la habitación.

CARAFÁ ¿Quién de vosotros es el hombre al que llaman Íñigo?

ÍÑIGO Soy yo, amigo.

CARAFÁ ¿Cómo que amigo?

ÍÑIGO Espero que lo seáis.

CARAFÁ Debéis llamarme monseñor Gian Pietro Carafa. Ese es mi título.

ÍÑIGO Muy bien, amigo.

CARAFÁ Seguíis negándoos a utilizar el tratamiento que me corresponde.

ÍÑIGO Todos somos iguales a los ojos de Dios, y yo respeto y amo a todos por igual, querido hermano.

CARAFÁ Si no mi persona, al menos mi cargo merece el debido respeto. Os vendría muy bien aprender humildad. Es la raíz de todas las virtudes.

ÍÑIGO Sí.

CARAFÁ ¿Podemos hablar a solas?

FABRO Sí, claro. Desde luego. (*Sale*).

CARAFÁ (*pasea su vista por la habitación*) Bueno, veo que practicáis lo que predicáis.

ÍÑIGO ¿Lo que predico?

CARAFÁ La pobreza.

ÍÑIGO Lo que yo hago no es exactamente predicar. Me limito a compartir con mis iguales mis ideas acerca de Dios. (*CARAFÁ le mira fijamente*). ¿Y a qué debo el inesperado honor de vuestra visita, compañero?

CARAFÁ Regreso a Roma después de resolver ciertos asuntos aquí en París. He oído que habéis tenido algunos encontronazos con la Inquisición, Loyola. En Alcalá. En Salamanca. Y ahora habéis venido a París. ¿No estaréis huyendo, verdad?

ÍÑIGO No. Fui absuelto en todos esos lugares. He venido a París para estudiar en su universidad.

CARAFÁ He oído algunas de las cosas que habéis dicho sobre mí y sobre mi orden, los teatinos.

ÍÑIGO ¿Y qué he dicho, amigo mío?

CARAFÁ Que vivo rodeado de lujos y que esa vida ha corrompido los ideales de pobreza que antes propugnaba para mi orden.

ÍÑIGO Hermano, la obra que habéis llevado a cabo con vuestra orden es sin duda una obra de Dios.

CARAFÁ Me alegra oíroslo decir.

ÍÑIGO Sin embargo, uno ha de tener presente a santos como san Francisco y santo Domingo, y el valioso ejemplo que nos dieron con su conducta después de fundar sus órdenes. En ningún momento se permitieron vivir con más comodidad que sus hermanos.

CARAFÁ (*con súbita cólera*) ¿Cómo osáis? ¿Cómo os atrevéis a juzgarme?

ÍÑIGO No juzgo a nadie, amigo.

CARAFÁ He renunciado a mis privilegios eclesiásticos para situarme en la vanguardia del movimiento de reforma. Si he aceptado mi promoción a este cargo y un pequeño grado de influencia en el seno de la Iglesia solo ha sido para reforzar la labor benéfica que mi orden lleva a cabo en favor de los enfermos y de los pobres. Y la lleva a cabo con bastante acierto, por la gracia de Dios. Es una paradoja, pero creo que podréis comprenderla: servirse de los poderes terrenales para ayudar a los débiles y a los necesitados. No busco la promoción por vanidad, Loyola.

ÍÑIGO Querido amigo, vos sois un digno y renombrado siervo de Dios. Yo nunca tendré una orden. Quizá Dios tenga a bien que algún día pueda vivir, en compañía de un puñado de amigos, una sencilla vida de pobreza en Tierra Santa. Ese es mi sueño. O entrar en alguna de las corruptas órdenes ya existentes para reformarla desde dentro. Pero si tuviera una orden propia –algo que me resulta extraño incluso como mera hipótesis–, sería radicalmente diferente.

CARAFÁ ¿De veras?

ÍÑIGO Desearía que ninguno de nosotros aceptara un cargo oficial. Ni obispos ni cardenales. Y tampoco reglas ni estatutos.

CARAFÁ ¿Por qué no?

ÍÑIGO En los pasillos de Roma hay demasiadas tentaciones. Cargos. Títulos. Estructuras. Poder. Influencia. Al menos, demasiadas tentaciones para mí. Pero no para alguien tan fuerte como vos, Gian.

CARAFÁ Órdenes corruptas, tentaciones en Roma. Habláis de una forma peligrosa, Loyola.

ÍÑIGO ¿Peligrosa?

CARAFÁ (*súbitamente resurge su cólera*) Le habéis arrebatado un estudiante a mi orden, Loyola. Diego.

ÍÑIGO ¡Ah!

CARAFÁ Uno de los postulantes más brillantes que jamás he tenido. Lo sedujisteis para que abandonara los teatinos.

ÍÑIGO El hermano Diego es, como decís, un excelente estudiante. Le di los *Ejercicios* y quiso incorporarse a nuestro pequeño grupo de amigos.

CARAFÁ Puedo ver a través de vos, Loyola. Conozco bien vuestro juegucito. Esa falsa ingenuidad[6]. Sé que bajo esa máscara de santidad hay un intrigante, un manipulador con más ambición mundana de lo que yo podría soñar jamás. Conozco mi vocación y sigo la llamada de mi Señor. Para mí se trata de algo un poco más complejo que ser un ingenuo predicador callejero. Soy lo bastante maduro para aceptar las contradicciones del mundo real. Miraos vos mismo. Ni siquiera habéis sido ordenado y me sermoneáis acerca de la rectitud moral. Todos los españoles sois iguales. Intrigantes, arrogantes y peligrosos.

ÍÑIGO Gian...

CARAFÁ Para vos no soy Gian. Llamadme monseñor Carafa, estudiante. Monseñor... por el momento. (*Pausa. Intenta serenarse*). Dios sabe lo que hay en mi corazón. Y puedo vivir con ello.

ÍÑIGO Bien. Me alegro por vos.

CARAFÁ (*se levanta y sonríe*) Vos y vuestro gran alarde de pobreza. Tened los ojos bien abiertos, español.

ÍÑIGO Gracias, querido amigo. Y Gian, no tengáis miedo.

CARAFÁ ¿Miedo? ¿De qué?

ÍÑIGO De nada. Sobre todo, no me tengáis miedo a mí. No soy nadie.

CARAFÁ le mira con visible inquietud. Sale. Vuelve a entrar FABRO.

FABRO ¡Qué alma más risueña!

ÍÑIGO Sí. Nuestro amigo italiano está muy enfadado conmigo.

FABRO No es bueno tenerlo por enemigo.

La luz se desvanece.

LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO. UNIVERSIDAD DE PARÍS. VARIOS MESES DESPUÉS

FRANCISCO JAVIER está en mitad de una discusión con PEDRO FABRO e ÍÑIGO.

FABRO De modo, Javier, que reconoces que estos *Ejercicios* funcionan.

JAVIER ¿Que funcionan, Fabro? ¿Que funcionan? Esa no es la cuestión.

FABRO Pero dijiste que...

JAVIER Sí, lo sé.

FABRO Entonces ¿cuál es el problema?

JAVIER Ojalá no te hubiera conocido, Íñigo. Eres un verdadero incordio, y no haces más que causar problemas.

FABRO Es un hombre muy espiritual. Y un hombre bueno.

JAVIER Sí, sí, ya lo sé.

FABRO Lo que dices no tiene mucho sentido, Javier.

JAVIER (*enfadado*) ¡Porque no pretendo que lo tenga! Ese es el problema. Ojalá nunca hubiera hecho los *Ejercicios*. «Se supone que eres un estudioso», me dijiste. «Pensaba que tenías una mente abierta», me dijiste. De modo que los hice. Solo para que me dejaras en paz. Y entonces empezó a suceder toda esa locura. Empezó como simples pensamientos. Figuraciones. Y ahora mírame. Desprendiéndome de mis cosas. Mendigando en la maldita calle contigo y los demás compañeros. Visitando a la gente en el hospicio. Rezando, ¡yo! ¡Rezando, Fabro! Me he convertido en la clase de idiota de la que solía burlarme. Oh, eran burlas bastante ingeniosas. Y cómo disfrutaba haciéndoos picar a los dos. ¡YO NO QUIERO ESTO! ¡NO QUIERO SER SANTO! Solo quería obtener mi título. Restaurar la nobleza de mi familia. Ganar una fortuna considerable y hacer que el nombre de Francisco Javier resonara con gloria por todo el mundo. Y en cambio ahora ¡ODIO TODO ESO! Ahora solo deseo renunciar a todo.

Ayudar a los demás. Ponerlos en primer lugar. ¡ES UNA PESADILLA VIVIENTE! Es como si me hubiera convertido en otra persona. Uno de mis amigos bien relacionados me vio pidiendo por la calle y se lo contó a todo el mundo. Les pareció una vergüenza. Es como si estuviera en un sueño y me viera a mí mismo probándome la máscara del Hombre Santo y no fuera capaz de quitármela. ¡ESE ES EL PROBLEMA DE TOMARSE DEMASIADO EN SERIO LA VIDA ESPIRITUAL! ¡Es terriblemente embarazosa! Y además arruina tu vida social. Ahora todos mis amigos elegantes piensan que me he vuelto loco. Así que ya no más invitaciones a fiestas de postín. Ya no más aventuras con bellas mujeres a la luz de la luna en las orillas del Sena. *(Breve pausa)*. ¿Y sabes qué es lo peor? ¿Sabes lo verdaderamente extraño? Que no echo de menos ninguna de esas cosas. ¿Cómo es posible, eh? De hecho, ahora, al mirarlos a todos ellos, no siento otra cosa que compasión. Y –no se lo digas a nadie– rezo por ellos. Sí. Yo. Rezo. Así que gracias, Fabro. Gracias, Loyola. Muchísimas gracias por haberme arruinado la vida. Aunque tendréis que reconocer que me he resistido lo mío.

ÍÑIGO Desde luego que lo has hecho. Eres vasco. Ha sido un largo asedio, y yo no esperaba menos.

JAVIER ¡Si mis hermanos hubieran tenido un poco más de puntería con aquella bala de cañón en Pamplona! Solo unos pies más alto y sería un hombre libre.

ÍÑIGO *(sonriendo, y en tono levemente burlón)* «Los caminos del Señor son...».

JAVIER ¡Te lo advierto!

ÍÑIGO Has sido la más dura pasta que me ha tocado amasar, Javier.

JAVIER Sí, y ahora mírame. ¡Estoy acabado!

UNA VOZ MASCULINA *(fuera del escenario)* ¡Íñigo! ¡Íñigo! ¡Íñigo!

ÍÑIGO, FABRO y JAVIER Bobadilla.

La puerta se abre de golpe. Un hombre corpulento, rubicundo y barbudo irrumpe por ella.

HOMBRE ¡Íñigo! ¡Íñigo! ¡Ya está! Los he hecho. Tus preciosos y disparatados *Ejercicios*. ¡Ven aquí, genio chiflado! *(Se acerca a ÍÑIGO y le da un rudo abrazo de oso. A continuación, lo besa en ambas mejillas)*. ¡Cuánto quiero a este hombre!

FABRO Sosiégate, Bobadilla.

BOBADILLA ¡Cómo voy a sosegarme! ¡Si estoy que pierdo la cabeza! Mi loco corazón de toro castellano arde con tanto amor a Dios. Y este pequeñajo... (*Vuelve a besar a ÍÑIGO*).

ÍÑIGO Bobadilla, por favor.

FABRO Bobadilla, Íñigo es vasco. Más bien reservado. Eso de los besos y los abrazos... Ya sabes.

BOBADILLA (*desenvaina su espada*) ¿Qué estás diciendo, saboyano? Venga, a ver. A ver si tienes agallas.

ÍÑIGO (*sonriendo*) Calma, Bobadilla. Calma.

BOBADILLA (*envainando la espada*) Lo siento. Es solo que... bueno, no lo sé. Desde que vine aquí, desde mi poblacho de mala muerte... Pero no me malinterpretéis; aquí en París he trabado amistad con algunas personas de renombre, gente importante, y sé estar a la altura de nobles como vosotros. No me refiero a ti, Fabro, sé que no eras más que un pobre pastorcillo. A diferencia de ti, nosotros al menos teníamos donde caernos muertos. De todos modos, ¿por dónde iba? Ah, sí. Desde que vine aquí, a París, a esta ciudad fría y miserable, he gastado los codos estudiando. Eso sí, con excelentes resultados. Siempre por delante de mi clase. Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino. Y en la lengua que quieras: griego, hebreo, latín y hasta francés. Bueno, en inglés quizá no, pero ¿quién querría? ¿Por dónde iba? Lo siento, tengo la cabeza que se me desboca. Ah, sí. Pues he aquí que después de esos pesados tochos aparece el cuadernito de Íñigo. No parecía gran cosa. (*Pausa breve*). Y de repente ¡pum! ¡Justo entre los ojos! ¡Ya está! ¿Qué hacemos? ¿Cuándo nos ponemos a ello? ¡A sanar! ¡A ayudar! ¡A salvar! ¡Venga, hombre! ¡Salgamos ahí fuera! ¡Vamos a hacerlo!

JAVIER (*irónico*) De acuerdo. Pero dínos, ¿los *Ejercicios* te han causado una cierta impresión?

BOBADILLA (*sonriendo*) La verdad es que no.

JAVIER A mí tampoco. (*Pausa breve*). Decididamente, son peligrosos. Te arruinan la vida.

La luz se desvanece.

LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO. MÁS TARDE

Un hombre apellidado HERNÁNDEZ está sentado con ÍÑIGO.

ÍÑIGO ¿Hay algo que pueda hacer para ayudaros, señor Hernández?

HERNÁNDEZ (*sereno*) No. No. Mi vida se ha acabado. No me queda ningún motivo para vivir. Me horroriza la mera idea de prolongarlo un año más.

ÍÑIGO Por favor, amigo. Estoy muy familiarizado con la tristeza. Permitidme que os ayude.

HERNÁNDEZ No os preocupéis, Íñigo.

ÍÑIGO En fin...

HERNÁNDEZ Bueno, quizá... ¿Sabéis bailar?

ÍÑIGO ¿Bailar?

HERNÁNDEZ Sí. Esas maravillosas danzas de vuestra tierra. Los vascos nacéis cantando y danzando.

ÍÑIGO Sí, a mí me gustaba bailar. Pero han pasado muchos años desde entonces.

HERNÁNDEZ Yo estuve una vez en vuestra tierra natal. En aquella época era feliz. Quizá, si pudiera volver a contemplar una de vuestras alegres danzas vascas...

ÍÑIGO Pudiera ser. Pero me temo que no será a mí a quien se las veáis danzar.

HERNÁNDEZ Por favor...

ÍÑIGO No. Rotundamente no. Lo siento.

HERNÁNDEZ Antes me habéis preguntado si había algo que pudierais hacer por mí. Pues bien, podría ser esto.

ÍÑIGO Lo que me pedís es excesivo. Ya no estoy de humor para bailar. Estoy demasiado... demasiado...

HERNÁNDEZ Comprendo. Será mejor que me vaya.

ÍÑIGO No, señor Hernández. Esperad.

ÍÑIGO se pone de pie de mala gana. Lentamente, se obliga a bailar. Le resulta una experiencia mortificadora. Tararea una melodía vasca mientras empieza a mover los pies de forma vacilante. Poco a poco se concentra en la danza y se deja llevar por ella a pesar de su cojera. Por un momento volvemos a vislumbrar la violencia, la intensidad y

la pasión de su juventud. Concluye con una floritura e inmediatamente recobra su anterior reserva.

HERNÁNDEZ (*se levanta y aplaude*) Gracias. Gracias, querido Íñigo. Es la primera vez que sonríó en muchos meses.

ÍÑIGO Me alegro por vos, hermano. (*En tono calmo*). Pero, por favor, jamás me pidáis que vuelva a hacerlo. Y os lo ruego, no se lo contéis a nadie.

La luz se desvanece.

Se ilumina:

LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO. PARÍS, 1534

ÍÑIGO está impartiendo los Ejercicios a ISABEL ROSER

ISABEL Este es mi ejercicio favorito. Contemplar con la imaginación.

La línea entre corchetes es una repetición innecesaria si la escena con Ardévol se representa íntegramente.

ÍÑIGO [*La imaginación es uno de los mejores lugares para encontrar lo que en nosotros hay de divino*]. Entonces, en vuestra contemplación imaginativa, ¿cómo os sentisteis cuando hablasteis con Nuestra Señora?

ISABEL Ligera. Feliz. Como de costumbre.

ÍÑIGO Bien. Me ha gustado el modo tan vívido de imaginaros la escena. Me queda una última cuestión.

ISABEL ¿Sí?

ÍÑIGO La escena de la Biblia en la que os situasteis con la imaginación. Era un banquete de bodas.

ISABEL Sí.

ÍÑIGO En Caná.

ISABEL Sí.

ÍÑIGO Vuestra habilidad como organizadora fue tan grande como de costumbre.

ISABEL Gracias.

ÍÑIGO Les mostrasteis a los criados donde podían hallar jarras para el agua y el vino. Os encargasteis de disponerlo todo para el disfrute de los invitados. Aconsejasteis a los cocineros. Y os ocupasteis de elegir la música.

ISABEL Sí.

ÍÑIGO ¿No lo veis?

ISABEL No acabo de entenderos.

ÍÑIGO ¿No creéis que deberíais pensar un poco más en vos misma? En vuestras propias necesidades. En vuestra propia alma y su crecimiento espiritual.

ISABEL Ya os entiendo. Queréis decir que solo me estaba ocupando de la boda, ¿verdad?

ÍÑIGO Bueno, en realidad... *(Los dos se echan a reír)*.

ISABEL Sí, sí, parece obvio cuando lo planteáis de ese modo. Toda esa actividad quizá me impidiera prestar atención a lo esencial. Ya veo. Bien. *(Breve pausa)*. Estos *Ejercicios* son ya muy conocidos allá en casa, en Barcelona. El número de ñiguistas, tanto hombres como mujeres, sigue creciendo. Y, lo creáis o no, yo misma imparto los *Ejercicios* a la gente.

ÍÑIGO Tenéis un notable don para ello, Isabel.

ISABEL Gracias. *(Breve pausa)*. Y bien, decidme, ¿cómo están las cosas aquí, en París? ¿Cómo marcha vuestra salud?

ÍÑIGO Los cálculos biliares siguen haciéndome padecer verdaderas agonías. Creo que se deben a las severas penitencias que me impongo.

ISABEL Supongo que las llevaréis a cabo en secreto.

ÍÑIGO Así es.

ISABEL ¿Y con qué fin?

ÍÑIGO Para fortalecer mi alma. *(El dolor le hace arrojarse al suelo. ISABEL se acerca y lo conforta)*.

ÍÑIGO ¡Ah! *(Ella lo abraza)*.

ISABEL Ea, ea, Íñigo. *(Tararea una nana y acaricia su cabeza)*.

ÍÑIGO Ah, madre. Madre. (*Poco a poco, ISABEL le ayuda a sentarse otra vez en la silla*).

ISABEL ¿Os sentís mejor?

ÍÑIGO Sí, sí. El dolor ha remitido.

Pausa.

ISABEL (*con suavidad*) Me pregunto si seríais capaz de discernir si vuestras rigurosas penitencias no son lo que vos mismo denomináis un afecto desordenado.

ÍÑIGO ¿Un apego?

ISABEL Sí. A cierta forma de entender el sufrimiento.

ÍÑIGO Sí. Sí, tendré que estudiarlo.

ISABEL Solo me pregunto si no es posible que algún día descubráis que Dios no nos exige sufrir de forma innecesaria. ¿A quién queréis complacer con eso?

ÍÑIGO Gracias, Isabel. Reflexionaré sobre ello. Lo haré.

ISABEL (*sonriendo*) Vuestros adorables cabellos. Ay, los habéis perdido casi por completo.

ÍÑIGO Lo sé. Y era una magnífica mata de pelo.

ISABEL ¡Vaya, la modestia de los Loyola!

ÍÑIGO Me limito a constatar una verdad. (*Ambos ríen*).

ISABEL Bien. Contadme las noticias.

ÍÑIGO Creo que ahora tengo un grupo de compañeros que será duradero. Pedro Fabro, Francisco Javier, Nicolás Bobadilla, Laínez, Salmerón y el portugués Rodrigues. Mis primeros seguidores y algunos más se alejaron.

ISABEL ¿De modo que asistimos al nacimiento de una orden?

ÍÑIGO No queremos fundar una orden y tampoco tenemos un líder. Solo somos un grupo de compañeros, libres e iguales, que quiere trabajar por el bien común. Compartimos todo lo que poseemos. Las decisiones las tomamos entre todos, por mayoría de votos. Hemos adoptado la determinación de que esta sea nuestra forma colectiva de proceder.

ISABEL Determinación. Sé muy bien lo que esa palabra significa para vos.

ÍÑIGO Hemos utilizado los *Ejercicios* para llevar a cabo una profunda contemplación y un discernimiento en grupo. Hemos decidido que cuando terminemos nuestros estudios serviremos a Dios desde la pobreza y la castidad absolutas, viviendo y trabajando por Dios y por el bien de los demás en Tierra Santa.

ISABEL ¿Y si no obtenéis permiso para quedaros en Jerusalén?

ÍÑIGO Hemos decidido que, en el improbable caso de que eso suceda, iremos a Roma y allí veremos lo que de nosotros se requiere. (*Breve pausa*). Luego, en la fiesta de la Asunción, el 15 de agosto de este año de 1534, nuestro pequeño grupo de compañeros recorrió el camino que lleva a la pequeña capilla de Saint Denis a las afueras de París, en Montmartre.

CAPILLA EN MONTMARTRE

En un lado del escenario vemos a los miembros del grupo que van entrando en la capilla en Montmartre: FABRO, JAVIER, BOBADILLA, LAÍNEZ, SALMERÓN, RODRIGUES. La acción prosigue sin palabras. Una vez que todos han entrado, en fila, se arrodillan y FABRO los bendice.

ÍÑIGO Todos hicimos nuestros votos. Fabro, que había sido ordenado poco antes y era el único sacerdote entre nosotros, dijo la misa. Éramos un pequeño grupo de iguales entregados a amar a nuestros semejantes, hombres y mujeres. Aquel fue un momento muy especial para nosotros. Y para mí. ¡He recorrido un camino tan largo! Desde una vida centrada en mí mismo y en ser el mejor a que todo se centre en Dios y en el servicio a los demás. Desde mis ilusiones infantiles de gloria personal, incluso después de mi conversión... Sí, sigo siendo la misma persona. Pero ahora me doy cuenta de que mis debilidades de antaño han sido depuradas y forjadas de nuevo para convertirse en fortalezas. Y así, tras años de estudio y discernimiento, todo ha llegado a ser *Ad Majorem Dei Gloriam*: Para mayor gloria de Dios.

ÍÑIGO «sale» de esta escena y se reúne con el grupo. Contemplamos un hermoso claroscuro renacentista, con la capilla tenuemente iluminada y el grupo arrodillado.

El HERRERO golpea con su martillo en la fragua.

CAPILLA. LA STORTA. TRES AÑOS DESPUÉS. OTOÑO DE 1537

ÍÑIGO Esta capilla. La Storta. El camino hacia Roma. Parece, Señor, que nos conduces a Roma. Pero sabes bien que mi anhelo más profundo es servirte en la sencillez y el anonimato en Jerusalén. (*Ve algo*). Señor. Señor. Padre Nuestro. ¿Eres tú? Sí. Y ahora me hablas. «Te seré... propicio... en Roma». Ahora también te veo a ti, Jesús. Te veo cargar con tu cruz. (*Pausa*). Ahora es Jesús quien me habla. «Yo quiero que tú nos sirvas». (*Solloza*). Y ahora las lágrimas. Estas benditas lágrimas de dicha que derramo cada vez que estás cerca. Yo, el vasco duro y recio. (*Se ríe y luego escucha. Habla en tono familiar*). Sí, hermano. Mi amigo. ¡Ja, ja! Sí, lo sé. De acuerdo. Sí, a veces puedo ser muy estúpido. Muy lento. Eres como un maestro paciente con su alumno. Gracias. ¡Por ahora ha de ser Roma! (*Breve pausa*). Pero ¿qué es lo que siento ahora? ¿Por qué veo puertas y ventanas cerradas?

La luz se desvanece.

ROMA. RESIDENCIA DEL CARDENAL. 1538

CARAFÁ, ahora vestido con el rojo púrpura cardenalicio, y su sobrino, CARLO CARAFÁ, un clérigo.

CARAFÁ Así que aquí los tenemos. Son unos fanáticos. Ha sido el invierno más frío que se recuerda en Roma, y ellos seguían saliendo en medio de la ventisca. Acababan de llegar y ya habían fundado una casa para acoger a las prostitutas. Trabajan día y noche en los hospitales, predicán en Santa María della Strada y en la calle, dan de comer a los hambrientos. Y solo hay un puñado de ellos. ¿Qué estarán tramando?

CARLO Es mera exhibición, tío. Quiero decir vuestra eminencia, cardenal Carafa.

CARAFÁ Sí, sí que lo es, Carlo. Se han abierto paso con sus toscas maneras de españoles y con su piedad ostentosa y vulgar.

CARLO Tampoco se han ganado muchos amigos con su Colegio Romano. Hoy he pasado por delante del letrado. «Escuela de gramática, humanidades y doctrina cristiana. Gratuita».

CARAFÁ Sí, esa es la parte que no puedo entender. «Gratuita».

CARLO Bueno, tiene muchos benefactores.

CARAFÁ Sí. Pero incluso así, ¿cómo puede mantener una escuela gratuita?

CARLO Y ahora está atrayendo a la suya a alumnos de otras escuelas. Y de otras órdenes. Como la vuestra, tío. No se está haciendo muy popular con eso.

CARAFÁ Sí. A Loyola se le empieza a deslizar la máscara. No es ortodoxo. Es un peligroso radical, un erasmista y un iluminado. Por más que intente negarlo con sus mentiras.

CARLO Pero nunca le han declarado culpable de heterodoxia. Son ya siete las veces que lo han llevado ante la Inquisición y nunca han encontrado nada.

CARAFÁ Es solo cuestión de tiempo. Es un impostor. No tengo nada personal contra él, Carlo. Arrastrará a la perdición a un número incontable de personas. Por eso nuestro deber es detenerle.

CARLO Desde luego, tío.

CARAFÁ Entonces, ¿cómo marcha tu expediente sobre Loyola?

CARLO Los progresos son excelentes. Informaciones de gran relevancia se han dejado caer en los oídos de personas muy influyentes.

CARAFÁ Bien. Pero nada de trucos sucios. La verdad bastará para proteger a las almas inocentes de este hereje.

CARLO Sí, tío. He compartido nuestra preocupación por su criptoluteranismo con poderosos aliados en la curia.

CARAFÁ Bien.

CARLO Y nuestra convicción de que Loyola y sus seguidores son meros oportunistas sedientos de poder, con una habilidad proteica para adoptar la forma que más les convenga.

CARAFÁ Bien, bien. Eso es lo que son.

CARLO Y que no les importa servirse de cualquier medio con tal de alcanzar sus fines. Esta insinuación, en particular, está arraigando muy bien.

CARAFÁ Excelente. No es más que la verdad.

CARLO Este Loyola es un hombre de lo más mediocre. Lo aplastaremos como a una mosca.

CARAFÁ Oh, cállate, sobrino.

CARLO ¿Perdón?

CARAFÁ Eres tan ignorante que hasta lo más simple se te escapa. Tú no eres digno de desatarle la correa de las sandalias.

CARLO Pero tío...

CARAFÁ Puede que Loyola esté peligrosamente engañado, pero a mí aún me queda suficiente vida en el alma como para darme cuenta de lo que es. Tú nunca has sufrido, Carlo. No como él. O como yo, hace ya tiempo. Tú siempre has tenido una carrera por delante. Pero él... O yo mismo, hace ya tiempo. Fue una sublime llamada. Una misión. Sí. Arder verdaderamente de amor por nuestros semejantes. Llevar la luz de Dios al pobre, al desposeído, al débil. Enjugar las lágrimas del afligido. Ser el rostro, los ojos, la boca, las manos y los dedos de Cristo. Eso es lo que él es. También yo lo fui, hace ya tiempo. (*Pausa*). Yo también fui un radical, un reformador. Llegué a creer que algún día podría formar parte de la comunión de los santos. ¡Sentía tal amor, tal compasión! Hace ya tiempo. (*Pasea su mirada por la sala del palacio*). Y ahora esto. ¿Cómo he llegado hasta aquí, Carlo? ¿Cuándo sucedió todo esto? Él se ha ceñido a su camino. Y yo... (*Pausa*). Debo destruirle.

La luz se desvanece.

ROMA. LA CASA DE LOS COMPAÑEROS. 1538

Los COMPAÑEROS están enzarzados en una discusión. ÍÑIGO permanece en calma.

BOBADILLA ¿Qué demonios les pasa a esos idiotas?

JAVIER Tranquilízate, Bobadilla.

BOBADILLA No, Javier. Ya estoy harto de ellos.

JAVIER Todos lo estamos.

FABRO Debemos seguir haciendo la voluntad de nuestro Señor. Con sosiego, pero también con firmeza.

BOBADILLA ¡Venga, Íñigo! No podemos seguir soportando todas esas mentiras sobre nosotros. Tuviste las pelotas –perdón, las agallas– de enfrentarte a ese criptohereje de

fray Agostino, y ahora él ha conseguido que sus influyentes compadres –españoles también– traten de destrozarnos.

JAVIER Y ahora hay gente que te acusa abiertamente de criptoluteranismo, Íñigo.

BOBADILLA ¡Bienvenido a Roma!

ÍÑIGO Ciertamente, este año se están produciendo los ataques y la persecución más intensos que he tenido que soportar en toda mi vida.

BOBADILLA ¿Por qué no pueden dejar de una vez de meter sus narices en nuestros asuntos?

FABRO ¡Hemos hecho una labor tan buena aquí! Hemos fundado el Colegio Romano. Hemos trabajado con los enfermos y los pobres.

ÍÑIGO Si Dios quiere que padezcamos, debemos aceptarlo. Aceptaría incluso la muerte, si fuera necesario para cumplir la voluntad de Dios.

BOBADILLA Eso no son más que sandeces, Íñigo. Dios quiere que vivamos y hagamos el bien aquí en la tierra, hombre.

JAVIER Tienes buen corazón, Bobadilla, pero una boca tan grande que me encantaría cerrártela.

BOBADILLA ¡Pues venga, inténtalo!

FABRO Basta ya con vosotros dos.

ÍÑIGO Nos están atacando. Y los ataques proceden de enemigos muy poderosos.

BOBADILLA Sí, así es. Lo siento, Javier. Soy un bocazas.

JAVIER No pasa nada, morlaco castellano.

BOBADILLA Ten cuidado, mula vasca. Perdón.

ÍÑIGO Nos aguarda un verdadero combate y tendremos que darlo todo. Habrá que poner toda nuestra atención en ello.

BOBADILLA Necesitaremos un milagro.

ÍÑIGO Sí. Rezaremos, como si todo dependiera de nuestras plegarias.

BOBADILLA Y actuaremos...

JAVIER Como si todo dependiera exclusivamente de nuestra acción. Como tú nos has enseñado.

ÍÑIGO Sí.

JAVIER Pero ahora mismo ¡hay tanta hostilidad contra nosotros. Íñigo!

BOBADILLA Todas esas mentiras están surtiendo efecto.

FABRO Los niños ya no vienen a la predicación, Íñigo.

JAVIER El cardenal de Trani, deán del Sacro Colegio, ha declarado que somos lobos con piel de oveja. Y otros dicen que estás huyendo de la Inquisición.

FABRO Algunos de nuestros antiguos seguidores se han distanciado prudentemente de nosotros.

BOBADILLA Mira, vamos a decirlo claro: todo el mundo nos odia. Y el trabajo tan magnífico y heroico que hemos hecho lo han desbaratado los ricos, los poderosos y todos los demás.

JAVIER Entonces ¿todo ha terminado?

Pausa. Se miran los unos a los otros.

ÍÑIGO Ya veo. Así que, por primera vez en mi vida, tengo que salir huyendo. Avergonzado. Derrotado. Ya lo veo. (*Pausa*). ¡Jamás! El Enemigo nos combate con todas sus fuerzas. Pero cuanto más caliente esté la fragua, más recio se forja el metal. Iré sin rodeos. Me dirigiré al Papa directamente y le contaré mis roces con la Inquisición. En Alcalá y en Salamanca, en París y en Venecia. Le contaré que he sido encarcelado varias veces como sospechoso de herejía.

JAVIER Pero ¿por qué, Íñigo?

ÍÑIGO Porque no quiero que alguno de nuestros enemigos informe al Papa de esas cuestiones con más detalle. No quiero que nadie solicite una investigación más rigurosa de las acusaciones que se han lanzado contra mí.

BOBADILLA Bien. Muy bien. Eso es muy astuto.

ÍÑIGO Y por eso yo mismo insistiré en que se me investigue a fondo. Yo mismo.

BOBADILLA ¿Qué? ¡Pero hombre! ¿Es que te has vuelto loco?

FABRO ¿Crees que eso sería sensato, Íñigo, tal como están las cosas?

BOBADILLA ¿Sensato? ¡Es demencial! No te dejaremos hacerlo.

ÍÑIGO Jamás en mi vida he huido. Quiero un juicio definitivo de mi ortodoxia. No toleraré una sola calumnia más contra nuestra pequeña compañía.

JAVIER Pero ¿y si perdieras, Íñigo?

ÍÑIGO Ganaremos. Sí, lo haremos. Debemos afrontar esto resueltamente, encararnos con el Enemigo y derrotarlo. Ahora mismo está dando vueltas en torno a la ciudadela de nuestra fortaleza, buscando una grieta en las murallas. Estamos bajo asedio, y nos superan en número. Pero vamos a mostrarle a nuestro Señor de qué pasta estamos hechos. Sí, lo admito, ahora parece imposible. Pero no debemos asustarnos. No debemos tener miedo. Debemos actuar. Porque nada es imposible para Dios. Ni para nosotros, sus pequeños soldados.

Se miran los unos a los otros.

BOBADILLA Íñigo, sé que nunca has querido recurrir a ello, pero quizá ahora sea el momento de que pensemos en reclutar aliados poderosos e influyentes.

ÍÑIGO No.

JAVIER Este es un asunto muy importante, Bobadilla, y necesitamos...

BOBADILLA ¡Necesitamos todas las armas de las que disponemos! Es el bien contra el mal. ¡Despertad de una vez!

ÍÑIGO Siempre me he resistido a recurrir a esa clase de poder.

FABRO Quizá deberíamos utilizar las técnicas de los *Ejercicios* y llevar a cabo un discernimiento en grupo. Luego, como de costumbre, lo decidiremos por el voto de la mayoría.

JAVIER Quizá podríamos usar la técnica de las razones a favor y en contra, Íñigo.

FABRO Sí. Y ponernos las máscaras imaginarias de unos desconocidos para presentar los argumentos. Y escuchar con los oídos de Dios.

JAVIER O el ejercicio de reflexionar sobre la decisión que desearemos haber tomado cuando nos encontremos en nuestro lecho de muerte.

FABRO Sí.

Pausa.

JAVIER Íñigo, hermanos. En este asunto, lo que buscamos es una perspectiva. Como nuestros hermanos y amigos artistas cuando buscan una nueva dimensión, nuevas perspectivas. Nuestras reflexiones están impregnadas de las novedades de esta época y, por lo tanto, son novedosas. Misteriosamente, nos ha sido negada una nave para viajar a Jerusalén. De modo que hagámonos a la mar con valentía para navegar hacia la Jerusalén interior, hacia el Nuevo Mundo del alma, usando los *Ejercicios* como mapa.

ÍÑIGO He criticado a otros por cortejar al poder. Los he visto embarcarse en ese viaje y, sin ser siquiera conscientes de lo que les sucedía, sumirse en la niebla y estrellarse contra la roca de los bienes temporales.

JAVIER Oh, sí. Una vez que tomemos este rumbo no habrá vuelta atrás. Y para seguir siendo radicales y puros necesitaremos una fortaleza de mente y de espíritu realmente heroica.

BOBADILLA ¿Pero qué somos? ¿Niños? ¿Idiotas? ¿Es que el hecho de ser lo bastante listos para conseguir algún poderoso aliado para nuestra buena causa significa que vayamos a vender nuestras almas al Diablo? Es ridículo. ¿Qué es lo que hay que discernir? (*Todos le miran*). Lo siento.

ÍÑIGO Este es un torneo contra el Maligno. Puedo oler su hedor en la arena. Es una lucha a muerte. Y dudo que podamos ganarla.

Los demás le miran y luego se miran los unos a los otros.

BOBADILLA Pero Íñigo, ¿es que no ves cómo vas a sacrificar toda nuestra buena obra en el altar de tus principios? ¿No será una sutil forma de orgullo, una vuelta a tu juventud, cuando estabas lleno de hueca vanidad? ¿O no será, simplemente, que el espíritu dañino sabe disfrazarse de bondad?

JAVIER ¡Cómo te atreves a hablar así a nuestro hermano Íñigo!

ÍÑIGO No, Javier. En las palabras de Bobadilla hay mucha sabiduría.

BOBADILLA ¿La hay?

ÍÑIGO Muy bien. Recurriremos a los *Ejercicios* para discernir. (*Breve pausa*).
¿Debemos o no cortejar al poder?

Cierran los ojos y respiran hondo.

La luz se desvanece. Música.

UNA SALA DE TRIBUNAL. ROMA. 1538

ÍÑIGO está en el banquillo. ISABEL ROSER, FABRO y JAVIER están presentes. También lo está GIAN CARAFA, en la galería.

UJIER Pónganse en pie ante Benedetto Conversini, obispo de Bertinoro y gobernador de Roma.

Entra CONVERSINI, seguido de un NOTARIO.

CONVERSINI ¿Juráis ante Dios y ante la Biblia que todo lo que digáis será la verdad?

ÍÑIGO Sí. Lo juro.

CONVERSINI ¿Cuántas veces habéis sido sometido a juicio, Loyola?

ÍÑIGO Esta es la octava vez, vuestra reverencia.

CONVERSINI Me temo que esta puede ser vuestra última vez, Loyola.

ÍÑIGO Esa es mi esperanza, no mi miedo, vuestra reverencia.

CONVERSINI Bien. En primer lugar, vuestros *Ejercicios Espirituales*.

ÍÑIGO ¿Vuestra reverencia los ha hecho?

CONVERSINI Los he estudiado con detenimiento.

ÍÑIGO Pero han sido concebidos para hacerlos, no solo para leerlos. De otro modo sería lo mismo que si un hombre mirase un mapa y luego nunca fuera al lugar representado en él.

CONVERSINI Ya. Vuestros *Ejercicios Espirituales*. ¿Pretendéis combinar la contemplación y la acción?

ÍÑIGO Sí, vuestra reverencia.

CONVERSINI Admitiréis que esta clase de discernimiento socava el respeto a la razón, al conocimiento y a la autoridad, Loyola.

ÍÑIGO No. También apreciamos la razón, el conocimiento y la autoridad, como se deduce de nuestros títulos en teología y filosofía. En cuanto a nuestro respeto por la

autoridad, da fe de ello el hecho de que sea yo quien ha insistido en la celebración de esta vista.

CONVERSINI ¿Buscáis la guía divina para todas vuestras decisiones, incluyendo los detalles más mundanos?

ÍÑIGO Sí, vuestra reverencia. Tratamos de hallar a Dios en todas las cosas. Y en todas las personas.

CONVERSINI Los *Ejercicios* parecen proporcionar un entrenamiento en la práctica de la oración mental y su propósito es interiorizar la vida cristiana, ¿no es así?

ÍÑIGO Sí, vuestra reverencia. Pero siempre con una aplicación práctica.

CONVERSINI Por lo tanto, coincidís en todas esas cuestiones con los alumbrados. Con los iluminados. Con los herejes. ¿No es cierto?

ÍÑIGO No. A diferencia de ellos, no otorgamos primacía a la oración mental frente a la vocal. A diferencia de ellos, no criticamos las formas externas de adoración *per se*, sino las actitudes ciegas e irreflexivas que puede haber tras ellas. Y reconocemos a la Pasión un lugar central que los alumbrados y algunos otros desaprueban.

CONVERSINI Dispongo de testimonios jurados y declaraciones de testigos relativos a la repentina transformación que se opera en aquellos que reciben los *Ejercicios*. Novicios que predicaban apasionadas homilías, gente consumida por un entusiasmo desenfrenado. ¿Sois consciente de esas respuestas?

ÍÑIGO Sí, vuestra reverencia. En algunos casos contados.

CONVERSINI ¿Y no podría ser esto un signo de iluminismo y obra del Diablo, que concede con facilidad dones espirituales para llevar a muchos por el mal camino?

ÍÑIGO No. Los *Ejercicios* hacen hincapié en la importancia del sentido común en estos asuntos.

CONVERSINI Tengo también informes que aluden a muchos comerciantes, como un zapatero y un cocinero, que debido a esta manía no han sido capaces de seguir llevando sus negocios con la misma eficacia que antes. ¿Qué tenéis que decir a esto?

ÍÑIGO Preferiría comerme un pastel cocinado por alguien que haya hecho los *Ejercicios*.

CONVERSINI ¿Os estáis haciendo el gracioso, Loyola?

ÍÑIGO No. Creo que podría tener mejor sabor.

CONVERSINI ¿Por qué?

ÍÑIGO Porque lo habría hecho alguien que estaba concentrado en su tarea, con toda su atención puesta en ella. Un acto plenamente consciente vale tanto como un millar ejecutado sin entusiasmo.

CONVERSINI De modo, Loyola, que podéis encontrar a Dios en un pastel.

ÍÑIGO Oh, claro que sí.

CONVERSINI Alguien podría alegar que los errores de los comerciantes no son una cuestión que importe mucho. Sin embargo, también se nos ha informado acerca de varios caballeros con influencia que se han extraviado a consecuencia de esos *Ejercicios*. Un querido amigo mío, *caballero*^[7] del rey, los hizo, y declara que en lugar de volverse mejor cristiano, se convirtió en un peor caballero. Según mi experiencia, los *Ejercicios* convierten a los soldados en mujeres. ¿No es así, Loyola?

ÍÑIGO Si eso es cierto, lo celebro.

CONVERSINI ¿Lo celebráis, Loyola?

ÍÑIGO Tenemos mucho que aprender de las mujeres, vuestra reverencia.

CONVERSINI ¿De veras, Loyola?

ÍÑIGO Sí, mucho.

CONVERSINI Lo que acabáis de decir es, en sí mismo, subversivo.

ÍÑIGO Para Jesús todas las mujeres eran bienvenidas, así que si eso es subversivo, el propio Cristo era subversivo.

CONVERSINI (*al notario*) «Cristo... era... subversivo». ¿Lo habéis anotado?

CONVERSINI Ya veo. Tengo testimonios que indican que, igual que les sucede a los alumbrados, el entusiasmo ha llevado a muchos de los que han hecho esos *Ejercicios*, gente de toda índole y condición, a descuidar sus responsabilidades en el trabajo, la familia y el hogar.

ÍÑIGO La inmensa mayoría responde bien, vuestra reverencia.

CONVERSINI Bien. Para que quede constancia oficial, ¿declaráis en mi presencia que todo lo que contienen vuestros *Ejercicios* es cosa de Dios, Loyola?

ÍÑIGO Sí. Creo que ninguna persona de buena voluntad y libre de afectos desordenados puede hacerlos y seguir siendo igual.

CONVERSINI Vuestra legendaria modestia, ¿no, Loyola? (*Pausa breve*). Son muchos los que dicen que sois un luterano. (*ÍÑIGO sonríe*). ¿Lo encontráis divertido? ¿La pena capital os parece cosa leve?

ÍÑIGO La muerte no me asusta, querido Conversini.

CONVERSINI ¿Estáis seguro, Loyola?

ÍÑIGO (*le mira intensamente a los ojos, sonriendo*) La espero con alegría.

CONVERSINI (*inquieto*) Mejor para vos. Bien, ¿y vuestro luteranismo?

ÍÑIGO Mi presunto luteranismo.

CONVERSINI Vuestro presunto luteranismo.

ÍÑIGO Rezo por el hermano Lutero.

CONVERSINI ¿El hermano Lutero?

ÍÑIGO Sí. Los dos queremos una reforma. La Iglesia es mi familia. Un familia dañada, quizá. La reforma es indispensable. Demasiada laxitud. Demasiada corrupción. Pero mi reforma tendrá lugar desde dentro. Dentro del individuo y dentro de la Iglesia. Pero nunca sin la Iglesia, de la cual soy uno de sus hijos más leales. Y nunca ha podido demostrarse lo contrario.

CONVERSINI Hasta ahora, Loyola. Hasta ahora. Así que, según vos, la Iglesia es corrupta.

ÍÑIGO (*tranquilo, sereno*) Cuando nuestra pequeña Compañía de Jesús llegó aquí, a Roma, después de viajar a pie de París a Venecia jugándonos la vida, cruzando los Alpes en medio de la tormenta y soportando persecución, la Ciudad Eterna sufría atroces punzadas de hambre. Los moribundos yacían por las calles y niños famélicos mendigaban en los portales. En muy poco tiempo, los compañeros habíamos alojado a cientos de pobres en la casa Frangipani, donde los alimentamos y cuidamos de ellos con amor. Todos eran bienvenidos. Compartimos nuestro lecho con los leprosos, porque en ningún otro lugar estaban dispuestos a acogerlos. Estos maestros de teología y filosofía se empeñaron a fondo en limpiar letrinas y vómitos. Trabajamos incansablemente para proporcionar una educación a los niños. Y todo ello sin dejar de nutrir nuestra vida interior mediante la contemplación y la meditación. Eso es lo que

hemos hecho siempre. Pero he aquí que toda la ciudad se estremeció de asombro simplemente porque hicimos lo que se necesitaba de nosotros. En una ciudad como Roma, una cosa así se ha convertido en extraordinaria. Algunos cardenales vinieron de noche para contemplar maravillados una entrega tan poco frecuente. Para nosotros es lo habitual. Sí, la Iglesia necesita ser sanada. Necesita cambiar. Y el mundo también.

Pausa breve.

CONVERSINI (*irónico*) Bravo, Loyola.

Entra un PAJE. Le entrega una nota a CONVERSINI.

CONVERSINI Esto es muy irregular. Muy bien. Dejadlo entrar.

Entra FIGUEROA, a quien antes hemos visto en el papel de inquisidor de ÍÑIGO.

CONVERSINI Sois bienvenido, regente Figueroa.

FIGUEROA Gracias. Es un honor, gobernador Conversini.

CONVERSINI Soy un indigno siervo de Dios, doctor Figueroa. ¿Qué os trae ante nosotros en este día?

FIGUEROA Interrogué a este hombre hará unos trece años. Para la Inquisición, varias veces. Veo que seguís causando problemas, ¿eh, Loyola?

CONVERSINI ¿Habéis venido a Roma para asistir a esta vista?

FIGUEROA No, y eso es lo extraordinario. Estoy aquí en Roma por un asunto papal que no tiene nada que ver, y me he enterado de esta vista.

CONVERSINI ¿Tenéis algo que decir acerca de Loyola?

FIGUEROA Oh, por supuesto. Es el individuo más testarudo que he encontrado en toda mi vida.

CONVERSINI Sí, ya lo creo.

FIGUEROA Y uno de los más insolentes.

CONVERSINI Coincido con vos, doctor Figueroa.

FIGUEROA Obsesivo.

CONVERSINI Sí.

FIGUEROA Discutidor. Como todos sus compañeros.

CONVERSINI Desde luego.

FIGUEROA Esgurrizado.

CONVERSINI Gracias. Bien, todo esto será anotado como testimonio en su contra.

FIGUEROA ¿En su contra? ¡Pero si es uno de los mejores hombres que he tenido el privilegio de conocer!

CONVERSINI ¿Privilegio?

FIGUEROA Sus *Ejercicios espirituales*... Primero los leí como una evidencia contra él. Ahora yo mismo los he hecho. Es una pequeña y revolucionaria obra maestra del alma.

CONVERSINI Pero...

FIGUEROA Este hombre ya ha tenido que soportar suficiente persecución. Parece casi milagroso que yo estuviera en Roma justo en el momento de esta vista.

CONVERSINI Seguro que es una mera coincidencia.

FIGUEROA Si se tratara solo de mí, posiblemente. Pero tengo aquí los testimonios de otros dos antiguos inquisidores que lo interrogaron. Ambos están en Roma en este momento por asuntos muy distintos. Ambos también fueron sus perseguidores, y ahora se cuentan entre sus más fervorosos partidarios. Estos son sus testimonios. (*Se los entrega a Conversini, que les echa un vistazo*). Me refiero a Ory, que lo investigó en París, y al vicario general De Dotti, de la Inquisición de Venecia. Veréis que no solo lo consideran libre de toda herejía, sino que, como yo mismo, certifican la fidelidad y la santidad de este hombre.

CONVERSINI ¿Y qué es exactamente lo que queréis alegar en esta vista, doctor?

FIGUEROA Que tres antiguos inquisidores se han convertido en firmes partidarios de Loyola. Y que a sus testimonios se añaden estos otros. Tengo una lista de algunas de las personas cuyo apoyo han podido recabar estos pobres compañeros.

CONVERSINI (*pausa*). Adelante.

FIGUEROA (*leyendo la lista*) El duque Hércules II de Este recomienda entusiásticamente a los compañeros ante su hermano el cardenal Hipólito de Este, así como ante otros miembros de la curia papal aquí en Roma. El Consejo de Ancianos de Parma ha abogado por los compañeros ante la condesa de Santa Fiora, Costanza Sforza. Uno de los compañeros, Broët, ha logrado obtener el apoyo del arzobispo de

Siena y del cardenal Bonifacio Ferreri, legado *a látere* del Papa en Bolonia. El duque de Ferrara, a petición de otro miembro de la Compañía de Jesús, el padre Le Jay, ha afirmado que el propio Dios está siendo injuriado con lo que se le hace a Loyola. El rey Juan II de Portugal ha pedido al Papa que apoye a la Compañía, y ha invitado a Francisco I de Francia y al emperador Carlos V a que respalden su petición formulando otras semejantes. ¿Debo continuar?

CONVERSINI Hemos estado ocupados, ¿verdad, Loyola?

ÍÑIGO Mis enemigos han estado ocupados ensuciando nuestro trabajo y calumniándonos durante años sin recibir una respuesta. He aprendido con retraso la importancia de contar con este respaldo. (*Mira a sus compañeros*). Pero he aprendido bien la lección, querido obispo Conversini.

Pausa larga. CONVERSINI mira fijamente a ÍÑIGO, sopesando sus opciones.

CONVERSINI El testimonio de tres testigos tan respetables no puede ser ignorado. La vista ha concluido. Por ahora.

FIGUEROA Enhorabuena, Loyola.

Los COMPAÑEROS e ISABEL muestran su júbilo. ÍÑIGO los corta.

ÍÑIGO (*calmado, sereno*) No. Con esto no bastará.

FIGUEROA ¡Loyola!

CONVERSINI ¿No basta?

ÍÑIGO No. Quiero una refutación completa, formal y definitiva de todas y cada una de las acusaciones. En caso contrario, solicito ser sometido a juicio. Esto debe decidirse de una vez por todas. Ahora.

CONVERSINI Tenéis al Papa actual de vuestra parte. Pero habrá otros, Loyola.

ÍÑIGO Acepto de buen grado la persecución y las calumnias contra mi persona como una oportunidad para fortalecer mi humildad, obispo. Pero no las acepto contra mi fe. Ni contra mi obra.

CONVERSINI Bravo. Tendréis la refutación escrita que solicitáis. Esta vista ha concluido.

Sale CONVERSINI. ÍÑIGO, los COMPAÑEROS y FIGUEROA celebran el resultado de la vista. Los demás felicitan a ÍÑIGO y salen.

El breve diálogo que sigue debe suprimirse si se incluye la escena final con CARAFA.

[*CARAFA (dando un paso adelante) Mis felicitaciones, Loyola. Veo que habéis prescindido de vuestra forma habitual de dirigiros a vuestros superiores. ¿Ya no más «compañero», «amigo» ni «hermano»?

ÍÑIGO Confío en haber madurado desde nuestro primer encuentro, vuestra eminencia.

CARAFA O quizá solo se trate de la conformidad recién descubierta por el radical de antaño. A todos nos llega, Loyola. Ya lo veréis. Seguiré observando vuestros progresos con el mayor interés. (Sale)*].

Ahora ISABEL ROSER está a solas con ÍÑIGO. Se acerca a él.

ÍÑIGO Decidme.

ISABEL Miraos. Mirad lo lejos que habéis llegado.

ÍÑIGO Y vos.

ISABEL ¿Dónde estáis? Quiero decir ¿dónde está vuestro corazón?

ÍÑIGO Sigo buscando... algún modo de entender... que Dios me haya negado Jerusalén.

ISABEL Lo sé.

ÍÑIGO ¿Y vos?

ISABEL Sigo buscando. Sigo esperando.

ÍÑIGO Sí.

ISABEL Sabéis que quiero ingresar en vuestra Compañía, Íñigo.

ÍÑIGO Lo sé.

ISABEL ¿Y será posible?

ÍÑIGO Sí. Lo someteré al discernimiento y el voto de los compañeros.

ISABEL Gracias, Íñigo. Creía que me habíais olvidado por completo.

ÍÑIGO ¿Olvidarme de vos? Si algún día os olvidara, podría esperar que también mi creador me olvidase a mí.

Se unen a la celebración de los demás.

La luz se desvanece.

LA RESIDENCIA DEL CARDENAL. ROMA. 1538

Esta escena se suprimió en el montaje original

CARAFÁ Esa jactanciosa expresión de triunfo en el rostro de Loyola tras la vista... Esta vez él se ha escabullido, pero al menos podemos destruir su orden. Y debemos hacerlo, Carlo. Por el bien de las almas.

CARLO Sí, tío. Estamos concertándonos con algunas de las personas más poderosas de Roma para oponernos sobre firmes bases canónicas y teológicas a la aprobación de la nueva orden.

CARAFÁ «La Compañía de Jesús». La prueba de su orgullo. Tomar para su orden el nombre de Jesús. Buen trabajo, Carlo.

CARLO Hemos sugerido al cardenal Contarini que debería oponerse a los cinco capítulos diseñados para su orden.

CARAFÁ ¡Sí, su orden! Allá en París dijo que jamás fundaría una orden. Ese hombre es un mentiroso. Así que una orden. (*Pausa breve*). ¿Y Contarini?

CARLO Parece ser que ha hecho los *Ejercicios* con Loyola y ahora él mismo es uno de sus partidarios. Loyola le pidió que presentara el borrador a su santidad, que ha dicho: «El dedo de Dios está ahí».

CARAFÁ ¡Loyola, maldito y estúpido intrigante! ¿Y qué hay de tu red de informantes? ¿Están al tanto de los movimientos de Contarini?

CARLO Nuestra red es excelente.

CARAFÁ ¿Y bien?

CARLO Aparentemente, Loyola le ha pedido al cardenal que mantenga en secreto su buena relación.

CARAFÁ ¡Qué retorcidos son los españoles!

CARLO Bueno, supongo que sabía que, en otro caso, lograrías llegar hasta él. Realmente no podemos culparle.

CARAFÁ ¿No podemos culparle?

CARLO Perdonad, tío.

CARAFÁ Siempre buscando congraciarnos, en pos del birrete de cardenal. Con suerte conseguiréis un bonete de cura de pueblo. Vuestra ineptitud política me deja boquiabierto. ¿Cómo es posible que seáis un Carafa?

CARLO Perdonad, tío. También hay algunas buenas noticias.

CARAFÁ Estoy esperándolas.

CARLO Ciertos obispos y algún cardenal se sienten muy incomodados por ese arribista y por su arrogante grupo. Trabajamos en todos los frentes para ocasionar su ruina.

CARAFÁ Algo más concreto, por favor.

CARLO Sí, tío. ¿Qué os parece el cardenal Guidiccioni, obispo de Teramo?

CARAFÁ Es un digno y reputado canonista. Estamos en términos muy amistosos con él.

CARLO Y para ser más concretos, es deliciosamente inflexible y se opone a la fundación de cualquier nueva orden. Tajantemente.

CARAFÁ Sí.

CARLO Así que nuestros infiltrados en la curia, con suma delicadeza, han convencido a su santidad para que lo nombre árbitro en la aprobación de la orden de Loyola.

CARAFÁ Venid aquí sobrino. (*CARLO se acerca. CARAFÁ le besa*). Creo que el rojo púrpura es tu color.

CARLO Gracias, tío.

Entra un MENSAJERO y le susurra a CARLO unas palabras al oído.

CARAFÁ ¿Qué ocurre?

CARLO Está aquí.

CARAFÁ ¿Quién está aquí?

CARLO Loyola.

CARAFÁ ¿Ahora? Pero si nadie lo ha convocado.

CARLO No. Quizá sea un ataque por sorpresa. Típico de Loyola.

CARAFÁ Muy bien. Hacedle pasar.

El MENSAJERO sale.

CARLO ¿Qué le diremos?

CARAFÁ Callaos, Carlo. Dejadme esto a mí.

Entra ÍÑIGO con BOBADILLA. Sus ropas harapientas contrastan con el resplandeciente atuendo de Carafa y su palaciego entorno.

BOBADILLA (*susurrando aparte a ÍÑIGO*) Refrena tu genio, querido Íñigo.

ÍÑIGO Bobadilla...

BOBADILLA Sé lo mucho que te ha agraviado, pero mantén la calma. Lo sé, es difícil para dos tipos coléricos como nosotros.

ÍÑIGO Llevo muchos años trabajando para dominar mis pasiones, Bobadilla. Pero gracias por tu consejo.

BOBADILLA De nada, *hombre*^[8]. (*Le da a ÍÑIGO una palmadita en el hombro*).
Respira hondo.

CARAFÁ Muy propio de españoles. Siempre conspirando. Dejad de susurrar y acercaos.

Se acercan al trono cardenalicio y se inclinan ante CARAFÁ.

ÍÑIGO Eminencia... Cardenal Carafa.

BOBADILLA Eminencia...

CARAFÁ Ah, ya veo que habéis prescindido de vuestra forma habitual de dirigiros a vuestros superiores. ¿Ya no más «compañero», «amigo» ni «hermano»?

ÍÑIGO Confío en haber madurado desde nuestro primer encuentro, vuestra eminencia.

CARAFÁ Excelente.

ÍÑIGO Sé lo mucho que esos títulos significan para la gente.

CARAFÁ Ah, ya, faltaba una pequeña pulla.

ÍÑIGO No, vuestra eminencia. Ahora comprendo lo ingenuo que era cuando nos encontramos por primera vez y os di algunos consejos respecto a vuestra orden. Mi

intención era buena, pero ahora soy consciente de que pude ofenderos y os pido disculpas por ello.

CARAFÁ No hubo ofensa, Loyola.

ÍÑIGO Ahora entiendo por completo la importancia de adaptarse a las costumbres de un lugar. O de una persona.

CARAFÁ ¿Como los espías? ¿Como los aduladores?

ÍÑIGO No, vuestra eminencia. Lo importante es hablar el mismo idioma que la persona con la que uno desea comunicarse.

CARAFÁ O quizá solo se trate de la conformidad recién descubierta por el radical de antaño. A todos nos llega, Loyola. ¿Conozco a vuestro amiguito?

BOBADILLA ¿Amiguito? ¿Con una panza como esta? (*Todos le miran*). Disculpádmelo. Son los nervios.

CARAFÁ ¿Nos hemos encontrado antes?

BOBADILLA Sí, con la venia de vuestra eminencia. Nos conocimos cuando visitamos al Papa para solicitar permiso para viajar a Tierra Santa. Vuestra eminencia fue más que atento con todos nosotros. Mi padre y mi madre siguen presumiendo de ello en nuestro pueblo. Nicolás Bobadilla, para servirlos.

CARAFÁ Ah, sí. (*Pausa breve*). ¿Qué es lo que deseáis, Loyola?

ÍÑIGO Quiero agradeceros la amabilidad que habéis mostrado a nuestro pequeño grupo de compañeros.

CARAFÁ No es necesario que finjáis, Loyola. Sé que habéis solicitado la aprobación papal de una nueva orden religiosa. Vuestra «Compañía de Jesús».

ÍÑIGO Sí.

CARAFÁ En París me dijisteis que jamás tendríais una orden.

ÍÑIGO Las cosas han cambiado.

CARAFÁ Ya lo veo.

ÍÑIGO Hemos sido acusados de constituir una orden sin autorización apostólica cuando no habíamos hecho aún tal cosa. Realmente, la decisión la habéis provocado vos, eminencia.

CARAFÁ ¿Yo?

ÍÑIGO Sí. Cuando enviasteis a Broët y a Rodrigues a reformar el monasterio de Siena.
¡Nuestra primera misión papal!

CARAFÁ Confío en que eso no provocara desavenencias.

ÍÑIGO Sí, nos hizo discutir si no sería mejor que siguiéramos caminos diferentes.

CARAFÁ Me entristece oír eso.

ÍÑIGO Pero descubrimos lo unidos que estamos como grupo, sin que importe la distancia que nos separe. Rezamos, ayunamos, deliberamos e hicimos los *Ejercicios*. Tras meses de riguroso discernimiento en grupo, nos dimos cuenta de que esto era lo que Dios quería de nosotros. Que fundáramos una nueva orden. Con sede en Roma. Pero un nuevo tipo de orden. Radicalmente distinta.

CARAFÁ ¿De veras? ¿Y en qué sentido?

ÍÑIGO En nuestra espiritualidad, fundamentada en los *Ejercicios*. En que somos contemplativos en la acción. En que ninguno de nosotros será obispo ni cardenal. En que abrazamos el espíritu de los nuevos tiempos. Meditación y reflexión, sí, pero también compromiso con el mundo. Inmersos en la ciencia, la filosofía, las artes. Sin penitencias estipuladas. Sin enclaustramiento. Sin coro. El tiempo que ahorraremos lo dedicaremos a nuestra misión. Sin constituciones escritas, solo la ley interior del amor divino. Viajando ligeros. Viviremos todos como iguales, sin que nos estorben los apegos a las posesiones mundanas, a la comodidad y a la seguridad. Dispuestos a ir a cualquier lugar del mundo, en cualquier momento, para servir a Dios y al Papa por la salvación de las almas. Rompiendo el enclaustramiento. Los hombres de acción de Dios.

Pausa breve.

CARAFÁ (*condescendiente*) Dios mío. De modo que rechazáis la mayoría de las tradiciones de las órdenes religiosas antiguas y actuales.

ÍÑIGO Hemos decidido que nuestra forma de actuar debe ser diferente. Nueva. (*Pausa breve*). ¿Cómo marchan las cosas en vuestra orden, los teatinos?

CARAFÁ Bastante bien. ¿Por qué estáis aquí, Loyola?

ÍÑIGO Para agradeceros vuestras amables ofertas de cargos y puestos de poder e influencia aquí en Roma.

CARAFÁ No es necesario. Admiro a vuestros compañeros, Loyola.

ÍÑIGO Con todo el respeto, debemos rechazar esas ofertas.

CARAFÁ ¿De veras? ¿Y eso por qué?

ÍÑIGO Nos distraerían de las crecientes demandas de nuestro tiempo.

CARAFÁ Ah, sí. Tiene que resultar muy difícil estar tan solicitado, Loyola.

ÍÑIGO Somos muy pocos. Para poder afrontar los retos que ya tenemos solo nos concedemos tres o cuatro horas de sueño por la noche.

BOBADILLA Sí. Y luego vamos por ahí como sonámbulos. O como caballos reventados. (*ÍÑIGO le mira. También CARAFÁ y CARLO*). Lo siento. Ha estado fuera de lugar.

ÍÑIGO Por lo tanto, debemos rechazar vuestras ofertas con la mayor gratitud y el respeto más profundo a vuestra persona y a la dignidad de vuestro cargo, reverencia.

CARAFÁ Comprendo. Me siento impresionado. Ahora habláis como el miembro de la pequeña nobleza española que sois. Maneras y finura cortesanas, ¿eh, Loyola?

ÍÑIGO Os muestro mi respeto, eminencia.

CARAFÁ ¿No sois capaz de ver de qué modo me insultáis?

ÍÑIGO No, eminencia.

CARAFÁ Rehusáis los puestos que ofrezco para vuestros seguidores porque los consideraréis distracciones. De ello se infiere que mi propia promoción es una distracción, que mi orden se ha visto perjudicada a consecuencia de esa promoción y que vos, con vuestra arrogante y falsa santidad, estáis por encima de esos vacuos oropeles.

ÍÑIGO Eminencia...

CARAFÁ Pues bien, vuestra arrogancia no ha pasado desapercibida, Loyola, y no solo para mí. Estáis acabado. Os habéis creado demasiados enemigos. Os hundiréis sin dejar rastro y vuestra orden jamás verá la luz del sol. Sabemos que sois un espía que trabaja en connivencia con vuestro emperador para destruir a italianos honrados con vuestra abyecta doblez española.

ÍÑIGO Eminencia...

BOBADILLA Ya es suficiente, Carafa.

ÍÑIGO ¿Qué habéis dicho, español?

BOBADILLA Me habéis oído perfectamente. Digo que ya es suficiente. No oséis hablar al hermano Íñigo de ese modo.

ÍÑIGO Ya basta, Bobadilla. Refrena tu lengua.

CARAFÁ Os lo advierto, Bobadilla...

BOBADILLA Estoy harto de vuestras advertencias. No consentiré que insultéis a los españoles. Íñigo es la mejor persona que jamás he conocido. ¿Quién os creéis que sois, bufón pomposo y petulante?

ÍÑIGO ¡Por favor, Bobadilla! Domínate.

BOBADILLA Tenéis razón. Vuestra deducción es acertada. Vuestro amor al poder, a la riqueza y a la intriga os han llevado por mal camino. A vos y a vuestra orden de segunda fila. Empezasteis siendo reformadores y ahora necesitáis que os reformen. Los teatinos. ¿Quiénes sois? Tenéis miedo y celos de nosotros, una orden religiosa verdadera, cuyos miembros están verdaderamente al servicio de Dios. Un genuino grupo de iguales. La Compañía de Jesús. Sí, somos un recordatorio permanente de lo que vos no sois. Nuestra fuerza es cada vez mayor, mientras vuestra gente cayó hace ya tiempo en el olvido. Dios está de nuestra parte. Miraos. Sois una vergüenza. Vos y vuestro intrigante, hipócrita y patético sobrino. ¡Los dos podéis besarme el trasero!

ÍÑIGO ¡Bobadilla! No se trata de ver quién es más grande ni mejor. Todavía tenéis mucho que aprender. Os pido perdón por la ira de mi hermano, vuestra eminencia.

CARAFÁ Al contrario. Os lo agradezco, Bobadilla.

BOBADILLA ¿Me lo agradecéis?

CARAFÁ Habéis facilitado mi tarea de destruirlos a vos y a vuestro hatajo de patanes. Ahora salid de aquí.

BOBADILLA (*mientras se dirigen hacia la puerta*) Bueno, creo que ha ido bastante bien, ¿no?

Salen.

CARLO Qué grosero. Qué vulgar. ¿Es esta la clase de gente de la que se rodea?

CARAFÁ (*reza*) Señor, Vos sabéis que es un hombre bueno, pero también un hombre engañado. Os lo ruego, Señor, detenedle. Si alguna de mis buenas obras, por pequeñas

que sean, significa algo para Vos, concededme en vuestra infinita misericordia que tanto él como su orden sean una mera nota a una nota a pie de página de la historia. Amén.

La luz se desvanece.

Oímos la nana vasca de la primera escena. Vemos al HERRERO en la fragua, blandiendo el martillo. Vemos al NIÑO ÍÑIGO.

31 DE JULIO DE 1556. ÍÑIGO, ANCIANO, CONTEMPLA EL CIELO NOCTURNO SENTADO EN SU SILLA

El texto entre corchetes puede suprimirse

ÍÑIGO Ah, mirar las estrellas. Desde niño, adoro contemplar el rostro de Dios en el cielo nocturno. El rostro de Dios en cada minúsculo detalle de la naturaleza. Dios en todas las cosas. Puedo sentir dentro de mi pequeño mundo interior el mundo gigantesco de esos cielos ilimitados. Oh, Dios, llévame contigo. Durante largos años he tenido que renunciar a la dicha de morir y reunirme contigo, pues aún hay muchas cosas que puedo hacer por ti, pero estoy cansado, Señor. [*Mil secretas agonías atormentan mi cuerpo. Las penitencias y mortificaciones de mi juventud han dejado cicatrices. Qué insensatez. Mi intención era buena, pero ¡qué engañado estaba sobre el sufrimiento! Pero miro a las estrellas y siento tu presencia, Señor*]. Ah, aquí está otra vez. El dulce consuelo de las lágrimas de gozo. Y puedo oír cómo mi alma canturrea la *loquela*, la música interior de Dios. ¡Ay, aún queda tanto por hacer! Pero, gracias a Dios, se ha hecho mucho. Lo has hecho Tú. [*Diez años después de que nuestro puñado de compañeros fuera oficialmente reconocido, ya éramos un millar*]. Y eso que cuando Carafa llegó a papa no fue precisamente generoso con nosotros. Pero sobrevivimos. [*Para luchar contra el Enemigo de la naturaleza humana y sus legiones, que cercan nuestras almas buscando un punto débil para apoderarse de la fortaleza de nuestro corazón. Sí, somos soldados y hemos alzado nuestro estandarte*]. Oponerse a los valores vacíos de esta época y recorrer un camino espiritual supone alzar una bandera contra el mundo. Pero ahora que hemos logrado más aceptación, parezco un redactor de constituciones, un escribiente. Sabes que nunca deseé algo así.

Esta... rígida estructura. Sabes que he llevado muchas máscaras. Y ahora esta última, «Ignacio de Loyola», quienquiera que sea. El riguroso disciplinante. Pero bajo esas máscaras, siempre he sido tu pequeño Íñigo. El niño vasco en la fragua del herrero. [*Loiolako txiki. Con sus viejas debilidades convertidas, confío, en fortalezas. El vil metal transformado a fuerza de martillazos en oro. O eso espero*]. La gente me felicita por haber fundado esta orden, señor. ¡Ja! Tú y yo sabemos que no soy lo bastante listo para eso. Necesité aquella iluminación a orillas del Cardoner. Como dijo el querido padre Chanon hace tantos años, en Montserrat, todo es don. Don tuyo, del genio del amor. Yo me limité a aceptarlo, Señor. Señor...

(Respira con dificultad). ¿Me llevas contigo?

¿Puedo reunirme contigo?

¿De verdad? ¿Ya? ¡Oh, suspiro por ti!

¿Puedo? ¿Por fin me lo permites?

Aunque queda tanto por hacer. Tantas deudas. Está todo tan desordenado, tan desorganizado. Aún no he terminado las *Constituciones*.

Ah, qué bien... Llévame, Señor. *(Sonriendo, abre los brazos y los levanta al cielo)*.

Aún queda tanto por hacer...

Tanto... por hacer... *(Muere)*.

El NIÑO ÍÑIGO baila alrededor de ÍÑIGO ANCIANO. Apoya una mano sobre su hombro y levanta la vista al cielo. Vemos la FRAGUA DEL HERRERO resplandeciendo en la oscuridad como una galaxia en el espacio. Vemos y oímos los martillazos. Volvemos a oír la nana –Loiolako txiki, Loiolako txiki– y la luz de las estrellas se desvanece.

FIN

El autor

Jonathan Moore es un actor, escritor y director que vive en Londres y ha recibido varios premios internacionales por su obra artística. Como actor ha interpretado papeles destacados con la Royal Shakespeare Company, The Royal Court Theatre, Donmar, The Royal Exchange, Shakespeare's Globe Theatre y BBC TV y Radio. Ha dirigido estrenos mundiales de teatro y ópera en Almeida, Donmar, West End, Royal Exchange, Gate, English National Opera, Covent Garden y La Fenice de Venecia, entre otros muchos, y también en televisión. Así mismo ha dirigido los estrenos mundiales de obras de compositores como Turnage, MacMillan, Henze, Schnittke, Nyman, Copeland y otros. En el inicio de su carrera recibió el apoyo de Joe Strummer, de The Clash. Ha colaborado con Ludovico Einaudi, con miembros del grupo punk Killing Joke, en diversos proyectos con el grupo de música industrial Test Dept, con la estrella del *reggae* Eddy Grant, con el pianista de jazz Uri Caine y con el violinista Daniel Hope.

Dramaturgo y libretista, es autor de obras publicadas y representadas en los teatros más importantes –entre ellos Donmar, Royal Exchange y Gate–, en BBC TV, en la radio y a escala internacional. El actor y director Mark Rylance le encomendó la dirección de un ambicioso montaje inmersivo de *Como gustéis*, con unos cincuenta actores, una coproducción con el Shakespeare's Globe Theatre, The Cultural Olympiad y la alcaldía de Londres. A este montaje le siguieron diversos proyectos relacionados con Shakespeare. Próximamente dirigirá un proyecto inmersivo a gran escala para Ludovico Einaudi en Italia y el proyecto de una ópera con Stewart Copeland. Forma parte del comité asesor artístico de la Royal Academy of Dramatic Art. Figura en el *Who's Who* desde 2007 y fue personaje de portada de la revista *Time Out Magazine*. Ha pronunciado conferencias sobre Humanidades en la Universidad de Oxford, en la London School of Economics y en diversos programas culturales de BBCTV y BBC Radio.

www.jonathanmooreuk.com

Notas

- [1]. En inglés, *play* significa obra de teatro, pero también juego, goce, disfrute (*N. del T.*).
- [2]. En español en el original (*N. del T.*).
- [3]. En español en el original (*N. del T.*).
- [4]. En español en el original (*N. del T.*).
- [5]. En español en el original (*N. del T.*).
- [6]. *Faux naïveté*. En francés en el original (*N. del T.*).
- [7]. En español en el original (*N. del T.*).
- [8]. En español en el original (*N. del T.*).

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Agradecimientos	8
Notas del autor	9
Nota histórica	10
Nota sobre el texto	11
Nota sobre la música	12
Nota sobre diseño y utilería	13
Nota sobre la representación	14
La respuesta del público	16
ÍÑIGO	17
Personajes	18
ACTO I	20
LOYOLA, PAÍS VASCO. 1496. OSCURIDAD	20
LA ESQUINA DE UNA CALLE. EXTERIOR DE UNA TABERNA. AZPEITIA, PAÍS VASCO. 1515	21
UN TRIBUNAL. 1515. ÍÑIGO EN EL BANQUILLO	25
SEIS AÑOS DESPUÉS. CIUDADELA DE PAMPLONA. ALMENAS. 24 DE MAYO DE 1521	26
EN EL LECHO DE CONVALECENCIA. CASA FAMILIAR DE LOYOLA. 1521	27
ÍÑIGO EN SU LECHO (1)	30
ÍÑIGO EN SU LECHO (2)	31
LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO	32
UNA HABITACIÓN EN EL CASTILLO DE LOYOLA, 1522	34
UN CAMINO. FEBRERO DE 1522. ÍÑIGO MONTADO EN UNA MULA	38
LA CELDA DE JEAN CHANON, UN MONJE BENEDICTINO DE LA ABADÍA DE MONTSERRAT. MARZO DE 1522	41
CAPILLA DE LA MORENETA. MONTSERRAT. 24 DE MARZO DE 1522. POR LA NOCHE	45
EXTERIOR DE LA CAPILLA. MONTSERRAT. AMANECER	46

UNA CUEVA. MANRESA. MARZO DE 1522	48
LA CELDA DE JEAN CHANON. MONTSERRAT	48
ÍÑIGO REZA EN SU CELDA. CONVENTO DE LOS DOMINICOS. MANRESA, 1522	49
EN LA CELDA DEL MONJE BENEDICTINO JEAN CHANON. MONTSERRAT	51
EXTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL MAR. BARCELONA, 1524	52
LA CASA DE ISABEL. BARCELONA, 1525	54
UNA CALLE POR LA NOCHE. BARCELONA, 1525	57
EN LA CASA DE DOÑA ISABEL ROSER. 1525	58
ALCALÁ. UNA SALA DE AUDIENCIA. 21 DE NOVIEMBRE DE 1526	60
EL EXTERIOR DE LA CÁRCEL DE ALCALÁ. JUNIO DE 1527	61
UNA SALA DE AUDIENCIA. SALAMANCA, 1527	64
ACTO II	68
PARÍS. DOS AÑOS DESPUÉS. COLEGIO DE SANTA BÁRBARA, UNIVERSIDAD DE PARÍS. 1529	68
LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO. UNIVERSIDAD DE PARÍS. VARIOS MESES DESPUÉS	74
LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO. MÁS TARDE	77
LA HABITACIÓN DE ÍÑIGO. PARÍS, 1534	78
CAPILLA EN MONTMARTRE	81
CAPILLA. LA STORTA. TRES AÑOS DESPUÉS. OTOÑO DE 1537	82
ROMA. RESIDENCIA DEL CARDENAL. 1538	82
ROMA. LA CASA DE LOS COMPAÑEROS. 1538	84
UNA SALA DE TRIBUNAL. ROMA. 1538	89
LA RESIDENCIA DEL CARDENAL. ROMA. 1538	97
31 DE JULIO DE 1556. ÍÑIGO, ANCIANO, CONTEMPLA EL CIELO NOCTURNO SENTADO EN SU SILLA	104
El autor	106
Notas	107